

EL NUEVO LECTOR ARGENTINO

LIBRO DE LECTURA

PARA 4º GRADO

POR

ANA M. BLASCO DE SELVA

Profesora Normal

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación

6621



BUENOS AIRES

EDITORES: S. OSTWALD & Cía., PASEO COLÓN 539

1898

122X182

LECCIÓN I

A la escuela

Allá en mis buenos tiempos, cuando tenía la felicidad de echar la cartera al hombro, atestar los bolsillos de pan y despedirme de mis buenos padres para dirigirme á la escuela contento y satisfecho, recuerdo qué el maestro, sin duda para templar el espíritu de los alumnos y para recordarles dónde se encontraban y el objeto que los reunía, nos hacía cantar antes de entrar en clase, una canción que comenzaba con estos versos:

A la escuela á trabajar
Vamos todos con presteza,
Desechemos la pereza
Y empecemos á estudiar . .

Hoy, en verdad, no tengo ya necesidad de volver á cantar para acordarme de que es necesario ponerse todos los días al trabajo; demasiado obligado me encuentro á ello; pero, será, sin duda, porque me acuerdo con frecuencia de mis pequeños lectores, que hace algunos días que los citados versos me bullen en la cabeza con tenaz insistencia.

Me imagino que pretenden recordarme á mí los deberes del escolar, para que yo á mi vez se los recuerde á los niños que lean estas páginas.

Vosotros, mis queridos lectores, habéis tenido descanso por algunos meses. Sin duda os habréis divertido,

gozando de los espléndidos días del estío, regocijándose en las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Epifanía.

En carnaval habréis hecho de las vuestras y... basta ya, que la campana de la escuela con su simpática voz nos llama al estudio.

Abren las aulas sus puertas y nos brindan con otra clase de satisfacciones y alegrías en compañía del maestro, de los compañeros, de los bancos, pizarrones, mapas y libros, cuyo recuerdo nos acompañará por muchos años.

Llegó la hora, pues, de dar un adiós á la campaña, al caballo preferido, á las excursiones, á los juegos y de tomar los libros, sacudirles el polvo, preparar lápices y lapiceras, con el mismo cuidado, con la misma prolijidad que el buen soldado prepara sus armas para entrar en combate.

También el escolar con sus libros, emprende en la escuela una especie de campaña contra un enemigo, que es tan malo como cobarde—la ignorancia—mas, el niño tiene siempre la victoria segura cuando á las buenas armas une la buena voluntad.

¡Al trabajo, al combate, á la escuela, que tras algunos meses de tarea nos esperan otras vacaciones para brindarnos con otras alegrías y diversiones!

¡Al trabajo, niños, y cantemos todos juntos, para entonar las voces y preparar el espíritu, los versos, que desde hace días, me bullen en la cabeza:

A la escuela á trabajar
Vamos todos con presteza,
Desechemos la pereza
Y empecemos á estudiar...

LECCION II

Los dos hermanos

I

—Sí, señora Ascension, la conducta de Rodolfo en la escuela es ejemplar, pero su aplicación deja mucho que desear.

—Qué quiere Vd., don Pascual, en este mundo nada es completo; no hay más remedio que acatar la voluntad divina; el Todopoderoso lo ha dispuesto así: Rodolfo debería poseer la inteligencia de Jorge, y entonces sería perfecto; en cambio Jorge debería observar la conducta de Rodolfo y ya nada habría que observarle; pero Dios ha sido muy bueno repartiendo las buenas cualidades en ambos y de esta manera no podré quejarme.

—Pero, señora Ascención, no se vaya Vd. á las nubes con su filosofía, mire que vivimos en esta tierra; y ya que de Dios me habla, permítame que le diga: Él le manda que sea Vd. un poco más enérgica con Rodolfo y más suave con Jorge.

—¡Pero, señor maestro! ¿Qué está Vd. diciendo? ¡Severidad con Rodolfo! ¿Quiere Vd., acaso, un niño más bueno?

—No, señora; lo que yo deseo es que sea un poco más trabajador y un tanto menos apático.

—Pero, don Pascual, Vd. no debe estar en su juicio, ó se ha equivocado; dígame que se ha equivocado.

—No, señora; ni me he equivocado, ni me falta la razón. Arránquese esa venda con que el cariño maternal la cubre y enceguece, y vea, junto conmigo, el porvenir que espera á su hijo si continúa en esa indiferencia en que se ha sumido. Sávelo Vd., señora, si no quiere que su hijo pierda la salud y se conserve en la ignorancia.

—¿Qué quiere Vd. que le diga? Yo no opino de esa manera; prefiero que sea juicioso á que sea inteligente.

—Bien, señora; al hacerme cargo de la educación de los niños, lo hago con la mejor intención y solicito de los padres la cooperación necesaria en sentido del mayor aprovechamiento del alumno; si no la obtengo, no me creo responsable de las consecuencias; y así, tranquilizada mi conciencia por el cumplimiento de un deber tan sagrado, respiro con más libertad.

—Agradezco, don Pascual, sus buenos deseos; pero en este caso, Vd. se equivoca, créamelo.

II

—Pero Rodolfo, hijo mío, no comes nada, estás pálido y ojeroso, ¿qué te sucede?

—Nada, mamá; no tengo deseos de probar bocado y me siento sin fuerzas.

—Pero ya ves, el médico dice que es necesario hacer ejercicio, que es preciso moverse, trabajar, y que el apetito vendrá después.

—Déjame, mamá; no tengo ganas de caminar; estoy bien así.

LECCIÓN III

Los dos hermanos

III

—Rodolfo, Rodolfo: ven, mira qué preciosos pajaritos lleva ese hombre en la jaula. Pero, apúrate, corre, hombre... ya no lo verás; se fué. Pero ni siquiera te mueves del sofá; pareces un viejo de ochenta años. Si no fueses mi hermano, te negaba mi amistad.

—¡Qué quieres, todo diablo tiene suerte!

—No seas necio; la suerte no existe; muévete, salta, brinca, trepa, como trepo yo; lucha hasta que te canses y no sentirás ni fríos ni dolores, y en cambio ¡qué apetito! Todo te agraderá y no serás tan delicado, y verás cómo se cumple en tí mismo el dicho de «á buen hambre nó hay pan duro».

—Eso lo dices porque eres sano y ágil, porque no estás enfermo como yo y tienes deseos de correr y saltar; yo no los tengo, y además si te imitare, tendría que desagradar á mamá, la que se vería obligada siempre á reprenderme, como á tí, y ya no habría un solo diablo en casa, sino dos.

—Pues mira, es verdad que á veces mamá se llega á desagradar conmigo, porque dice que soy demasiado travieso; pero yo me figuro que no es así, sino que ella te observa á tí que no te mueves; ve mi movilidad, la

intranquilidad de mi espíritu, nos compara, y claro está, la diferencia es enorme, y tiene que decirme: «¡Eres un demonio!»

—Ese calificativo á mi no me agrada, qué quieres.

—Ni á mi me impresiona; tengo la conciencia que no soy malo y alguna vez lo probaré; porque podré ser más útil que tú, pues si continuas esa vida, mucho me temo que concluyas por perder la acción y por ser un desgraciado.

—¡Ah, Jorge no me digas eso! No me hagas sufrir más; yo no tengo la culpa de lo que me sucede. Quiero comer, pero no tengo ganas; quisiera caminar, pero me siento pesado; todo me molesta, todo me fastidia; Dios ha sido muy injusto conmigo.

—Eso que dices, Rodolfo, no es cierto; tú eres el injusto contigo mismo y el ingrato con el Todopoderoso.

—No; yo no tengo la culpa. ¿Por qué, dime, no tengo una salud inquebrantable como la tuya? ¿Por qué mi carácter es taciturno y melancólico, y no vivo y jovial como el tuyo? ¿De eso tengo yo también la culpa?

—Pues, claro, que sí; y si no, escucha esta poesía que voy á recitar, que te acordarás nos enseñó el maestro:

La reja de un arado enmohecido
Ve pasar otra reja, allá, en el campo,
Y al verla reluciente, le pregunta,
Con mucha sencillez y en tono cándido:
«¿Cómo haces para estar tú tan brillante
Siendo, como soy yo, del mismo amo?»
«La razón es muy obvia, le responde,
Porque tú holgazaneas y yo trabajo».

—¿Comprendes, Rodolfo? Hasta á los objetos inanimados les sucede idéntica cosa. La reja que trabajaba estaba reluciente porque en el desgaste del trabajo diario dejaba las partículas que podían empañar su brillantez y dañar su hermosura; en cambio la que no hacía nada estaba sucia y enmohecida, porque las partículas que se depositaban sobre ella dañaban y carcomían su limpidez. Éste es nuestro mismo caso; yo soy el arado que trabaja; en mi faz brilla la salud; en mis movimientos la actividad; en mi sangre la vida. Tú eres el arado que permanece ocioso: le faltan el brillo y la alegría que dan la salud. Necesario es, Rodolfo querido, que hagas un esfuerzo sobre tí mismo; apóyate en mis brazos y daremos un paseo; ya verás cómo reaccionas, despacio ciertamente, porque tu mal puede llamarse crónico; pero reaccionarás al fin.

—No puedo resistirme; vamos, Jorge, y si consigo tan halagüeños resultados como me anuncias, podrás decir con orgullo que me has curado.

—Estaba seguro que te conquistaría.

—Ya que lo quieres, haré un esfuerzo y tú serás el báculo en que me apoye; y después, cuando sea sano y ágil como tú, podré ayudar á mi madre, como tú puedes hacerlo.

—Sí, Rodolfo, sí; ya verás qué pronto conquistas tus fuerzas perdidas.

IV

—Por fin, Rodolfo, te decides á tener un poco de fuerza de voluntad.

—Jorge, eres muy bueno con tu hermano; tu con-

ducta merece mis felicitaciones más ardientes; yo lo sabía bien, ese corazón está muy bien puesto. Ahora comprendo perfectamente lo que decía don Pascual: «Señora, Rodolfo perderá la salud; es necesario que usted lo evite».

—Hijos míos, dadme un abrazo. Rodolfo, continúa en tus propósitos. Jorge, imprime en el corazón de tu hermano la virilidad é hidalguía del tuyo, acompáñalo, como lo haces ahora, y ayúdale á mejorar su condición física y moral.

V

La madre abrazó á sus hijos, y abundantes lágrimas de ternura corrieron por sus mejillas.

Rodolfo mejora notablemente; los colores asoman á su cara; toma parte en los juegos con sus compañeros; aprende notablemente y dice sentirse dichoso.

Jorge modifica cada día la vivacidad de su carácter en sentido del bien propio; es más moderado para jugar y ya no hace travesuras de consecuencia.

Queridos niños: imitadlo á Jorge y poned de vuestra parte todo el empeño posible para evitar las travesuras impropias de un niño educado, como asimismo las que puedan seros de funestas consecuencias. Tratad de encaminar vuestros nobles sentimientos hacia el bien, de los vuestros primero, de los demás después.

LECCIÓN IV

El rabonero

Me parece estarlo viendo con sus greñas alborotadas, la cara mal lavada y quemada por el sol, el saco desabrochado, la camisa despechugada, los pantalones que se le caen porque están mal sostenidos con un piolín ó una tira cualquiera.

Las rodillas bien marcadas en el pantalón y con un boquete abierto, además de los que á manera de respi-



raderos hay en la parte posterior, de distintas formas, generalmente la de un 7, y que siempre son resultados de algún lance.

Suele llevar botines, los cuales, de puro ociosos, han perdido las ligas, los botones ó los broches, según la clase.

No es extraño, sino por el contrario, muy común que de negros que fueron en un tiempo, se hayan vuelto rojos ó cenicientos, ó de otro cualquier color indefinible á causa del barro ó el polvo que suelen cargar.

El dedo mayor, á fe de buen curioso, asoma por la punta, donde á fuerza de tropezones se ha abierto un rumbo.

Al rabonero le es indistinto llevar ó no el gorro; es costumbre dejarlo en casa, porque le puede incomodar en las tareas que desempeña durante las horas de clase; pero de lo que tiene buen cuidado de proveerse cuando sale de su casa, es de algún libro y algunos cuadernos, los cuales, cuando se considera que está fuera del alcance de las miradas de sus padres, con una habilidad propia los hace desaparecer en un rincón del seno ó en otro sitio cualquiera.

La escuela es para él un asunto de menor cuantía, el maestro un tirano, los libros implacables enemigos y el estudio... ¡oh el estudio... la más pesada, la más amarga, la más insoportable de todas las tareas!

A veces, lleva cursados dos ó tres grados; ha aprendido á leer mal y á escribir peor; en lo que ha adelantado algo es en aritmética, porque desde temprano sintió la necesidad de conocer los números para efectuar ciertas operaciones.

Siempre está al corriente de las novedades locales, especialmente de los accidentes callejeros, los cuales narra con pelos y señales, y si se ofrece el caso, hasta con comentarios.

Callejeando en invierno, merodeando las quintas en verano y tendido en la sombra cuando son fuertes los calores del sol, va contando lentamente unas tras otras las horas de clase, sin acordarse, por ello, ni de la escuela, ni aun siquiera de sus condiscípulos.

Tiene un tino especial para conocer la hora, haya ó no sol, que para él es lo mismo, pues numerosos detalles le son relojes infalibles á la par que económicos.

Llegado el momento oportuno, váse acercando al barrio de la escuela, haciendo estaciones en los huecos, rincones, plazuelas, etc., donde se verifican cotidianamente infantiles tertulias.

Allí recoge las noticias de que lo informan los contertulianos, teniendo asombrosa facilidad para imponerse en pocos minutos de todas las novedades escolares del día.

Con un pequeño movimiento hace aparecer el descujaringado libro y borroneado cuaderno, que desde por la mañana no tomaban aire ni veían la luz del sol; y paso á paso, al lado de sus compañeros, vuelve á casa, donde entra muy ufano á guardar los libros y á pedir á la mamá que lo deje ir *á jugar un rato!*

¡Este es el tipo del rabonero vulgar! porque en esto, como en otras cosas, los hay de varias clases y merecen de que se les vaya tratando uno por uno.

Mis amiguitos lectores á quienes supongo estudiosos é incapaces de engañar á sus padres y maestros, como lo hace el rabonero, deben procurar de encaminar por el buen sendero al condiscípulo que se hubiese inclinado á la rabona; de esa manera me dará por muy satisfecha de haber bosquejado este boceto.

LECCIÓN V

El habilitado del batallón

Es un ejército muy nombrado por sus hazañas, por ser el que más laureles y victorias conquistó para la historia argentina; había un joven militar á quien se le había confiado el cargo de habilitado de un cuerpo ó batallón.

Este joven era buen sujeto y jamás hubo nada que observarle como oficial del ejército; sin embargo, poseía uno de los defectos más perjudiciales al hombre: el vicio del juego.

Se le había entregado el dinero para pagar el batallón, pago que debía efectuarse al día siguiente.

Encontróse nuestro joven esa noche en una reunión de amigos; comenzaron á jugar y en el entusiasmo del juego, nuestro oficial no se acordaba de que aquel dinero que perdía no era suyo y que se lo habían de reclamar.

Creyendo siempre ganar y resultando siempre perder, vió desaparecer de su bolsillo hasta el último centavo ajeno.

Desesperado y no encontrando recursos como poder salir del se paso, decidió, como honrado, en medio de su vicio, confesar la verdad al general del ejército, pues sabía que á pesar de su gran severidad, era hombre de corazón y que le aconsejaría con verdadero interés.

Llegóse al cuartel, se presentó al jefe y le dijo:

—Señor: deseo hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general San Martín (pues éste era su jefe).

El general le contestó:

—Puede Vd. hablar: dejó de ser general para escucharle.

El oficial le contó la verdad de lo que le había sucedido y le pidió un consejo.

El general San Martín, sin decir palabra, se dirigió á la caja de hierro, de donde sacó un dinero que entregó al oficial. Después le dijo:

—Entregue Vd. ese dinero á la caja de su cuerpo y guarde el más profundo secreto, porque si alguna vez el general San Martín llega á saber que Vd. ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar.

Sin embargo, el hecho fué conocido, y lo es aún más, después de la muerte del más grande héroe de la independencia argentina, don José de San Martín.

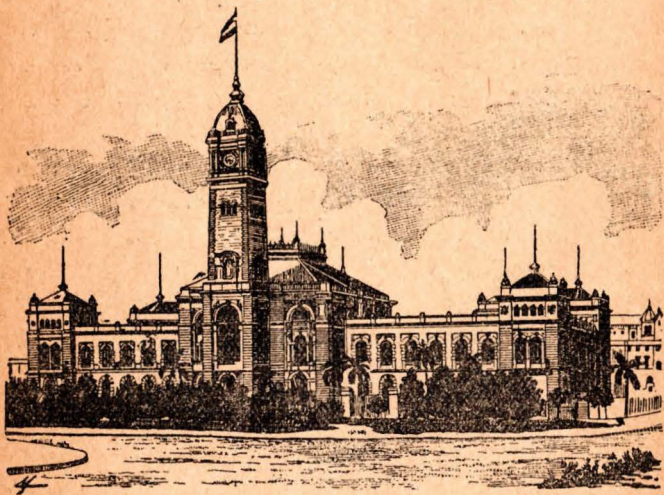
Niños: imitad la grandeza de alma de este general, que realizaba actos generosos y buenos, y no quería que se supiesen.

El mérito de las grandes obras está en que ellas sean realizadas ocultamente. El que hace el bien, para que todos lo sepan, desmerece su acción.

LECCIÓN VI

Las municipalidades

El grabado que acompaña á esta lección, representa el edificio en que están instaladas las autoridades municipales de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires (fundada por el doctor Dardo Rocha, el 19 de Noviembre de 1882).



Es un edificio grande y espléndido que se levanta majestuoso frente á la plaza céntrica de la ciudad.

En la parte media se eleva una esbelta torre en cuyo extremo superior hay un reloj, que con la grave voz de

su campana, avisa gratuitamente la hora, á los vecinos comprendidos en extenso radio.

Rodean al edificio bellos jardines donde se ven variedades de plantas que viven en buena amistad á pesar de lo muy lejanas que son sus patrias y de lo opuesto de sus costumbres: palmeras, helechos, cactus, y las más caprichosas orquídeas, plátanos, robles y álamos, crecen, para luego ser trasplantados en las grandes avenidas de la ciudad, donde desempeñan la humanitaria tarea de proporcionar sombra en verano, sanear el terreno y purificar el aire.

Esto, aparte de lo mucho que contribuyen al embellecimiento de las calles con sus bien alineados troncos y sus verdes copas, de fresco y lozano follaje.

El interior del edificio municipal es espacioso y capaz de contener todas las oficinas necesarias para la buena administracion de los intereses y servicios de la localidad, siendo ésta la misión de las municipalidades.

La limpieza pública, alumbrado, obras de utilidad general, contraste de pesas y medidas, conservación de monumentos, parques, calles, caminos, puentes, paseos públicos, asistencia á los pobres, hospitales, cárceles, todo tiene allí su lugar asignado, á todo debe prestarse atención, procurando llenarlo todo dentro de la medida de lo posible, si se quiere tener una ciudad, que dé el aspecto de una nota alta de su cultura.

Hoy el gobierno de los municipios, constituye una de las principales preocupaciones, pues se ha visto que con las calles espaciosas y limpias, los árboles y el conveniente retiro, á las casas de misericordia, de los mendigos, enfermos y vagos, se ha mejorado mucho la higie-

ne pública, hasta el punto de combatir con muchísima ventaja, las pestes asoladoras.

Son las municipalidades instituciones encargadas de realizar una tarea que redundará en provecho de todos.

Según lo disponen las constituciones, el gobierno municipallo deben formar vecinos radicados en la localidad, pudiendo ser extranjeros hasta una tercera parte de los elegidos, que lo son en relación de la población del municipio, no pudiendo excusarse del cargo, sino oponiendo excepciones fundadas en ley.

Todas éstas son disposiciones tendentes á dar á las municipalidades el carácter de carga pública, donde el que la ejerce debe procurar el beneficio propio juntamente con el de los demás.

La Plata, para conservar su rango como capital de la provincia de Buenos Aires, ha destinado para casa de sus autoridades municipales el espléndido palacio que representa el grabado.

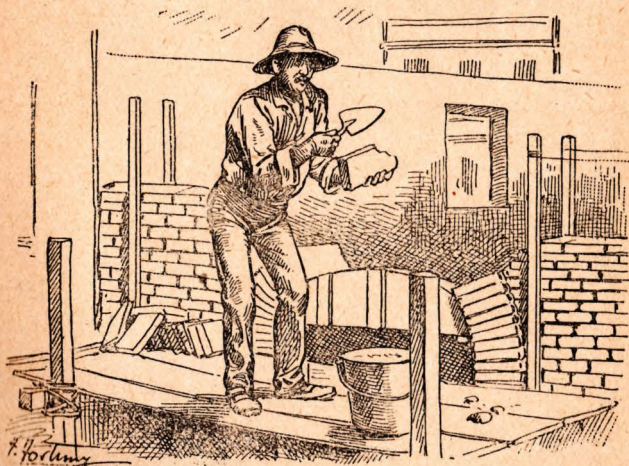
LECCION VII

Las víctimas del trabajo

En el precioso librito de Edmundo de Amicis, titulado «Corazón», he leído la narración de un hecho que me ha impresionado tristemente.

Es el caso que varios hombres conducen por el medio de la calle, en una camilla, el cuerpo ensangrentado de un albañil que se ha caído del andamio.

Entre las personas que seguían á tan triste cortejo,



estaba la esposa del herido, con una niñita en los brazos, que llora desesperadamente á la par de la madre.

Otro niño, de una familia obrera, se adelanta con el rostro demudado hacia la camilla . . . ¡su padre también es albañil! Y allí, ante esa escena de tristeza y pesares, un muchacho ríe . . . pero un hombre de rostro severo, un anciano obrero, le asestó un cachete, tirándole la gorra al suelo, y le dijo: «¡Descúbrete, mal nacido, cuando pase un herido del trabajo!»

¡Reirse ante la desgracia ocasionada por el trabajo, reirse ante el infortunio, ante la desdicha de una madre afligida . . . ¡alma perversa!

Los obreros son los héroes del trabajo, merecen toda la estima y las consideraciones de toda la gente de buen corazón.

Ellos, con toda entereza, con una sangre fría admirable, afrontan los mayores peligros, pasan la mayor parte de su vida expuestos á un accidente imprevisto que les puede ser fatal.

Unas veces los veis suspendidos en el espacio á muchos metros del suelo, con el cuerpo avanzado sobre el borde de un techo emplomando un canal ó sobre un débil andamio revocando una pared, ó caminando á trancos en un empinado armazón construyendo un techo.

Otras veces se encuentran á muchos metros debajo del suelo, en las interminables galerías de las minas ó perdidos en el fondo de las aguas construyendo los paredones de un muelle.

Ora adheridos á un banquillo trabajando con minúsculos hierros, ó ya perdidos entre el humo de la fragua y el sonar de los martillos.

¿Y el marino? ¿Y el que se pasa los días junto á gigantescas máquinas que al menor descuido los puede

triturar? ¿Y el que cruza la campaña en la rápida locomotora? ¿Y el que guía el arado bajo los fuertes rayos del sol?

Todos, todos, son acreedores al cariño y á la protección.

El buen obrero estrecha siempre la mano con fuerza. Es un hábito que ha contraído en la labor ruda, y el contacto de su mano callosa parece comunicar la energía para vencer los obstáculos que aumenta constantemente la naturaleza.

El más poderoso ejército es el de obreros: ellos son las más laboriosas y útiles abejas de la colmena humana.

El hombre de trabajo resulta siempre simpático, ya esté blanco de cal, ahumado el rostro, cubierto con una blusa manchada de abigarrados colores, envuelto en una capa de tierra ó carbón.

Cuando no perecen en el puerto de la lucha diaria, con la frente arrugada y los cabellos blancos, suelen gozar algunos días de la apacible vida del hogar, rodeados de sus nietos, y algunos ¡pobres! heridos, imposibilitados para la labor, tienen que implorar la protección del prójimo.

Éstos, los inválidos del trabajo, merecen tantos honores como los otros, los inválidos de la guerra.

LECCIÓN VIII

La pobreza

¡Cuántas veces me he conolido de esos pequeños que comienzan su existencia en medio de la mayor miseria y el mayor abandono!

¡Con cuánto más grande sentimiento he visto algunos niños despreciar aquéllos, agregando así, un pesar más, á los muchos que los afligen!

¿Creéis, acaso, que la pobreza es un obstáculo para llegar á ser grandes, para ocupar altos cargos? No, por cierto.

La historia abunda en numerosos ejemplos y á cada paso nos encontramos con un alto magistrado, un militar valiente, un científico, un inventor que ha venido á beneficiar á la humanidad, un sabio...

¿Y de dónde han salido? ¿Cuál es su origen? ¿Han nacido acaso en dorada cuna y llenos de orgullo han despreciado al pobre no haciéndole partícipe de sus juguetes porque eran hijos de un jornalero ó de algún modesto industrial?

No. Han venido al mundo en brazos de la humilde miseria, quizás bajo el pajizo techo de una decrepita choza; algunos no han tenido una modesta cuna donde adormecerse arrullados por maternal cantilena, y ¡cuántos deberán á la caridad de alguna vecina los pañales en que han sido envueltos!

¡Muchos hombres de oscuro é ignorado origen han llegado á deslumbrar al mundo con su saber!

Napoleón, queriendo demostrar esto mismo á sus soldados, les decía que cada uno llevaba en su mochila el bastón de mariscal, lo que equivalía á decirles que mediante la aplicación, buena conducta y los conocimientos que adquirieran, podía cualquiera de aquellos soldados, hasta el más rústico, hijo de oscura aldea, llegar á ocupar un puesto distinguido en el ejército.

Lo mismo se puede decir de los niños: el pobrete que viste lleno de remiendos y enseña el pulgar por la punta del botín, puede llegar á ocupar un puesto expectable.

No se debe despreciar á los pobres; la miseria no mancha.

Generalmente la honradez y los corazones de nobles sentimientos se encuentran en las personas que han pasado su infancia en rústica cuna y han vivido en modesta choza.

El niño bueno ama al pobre.

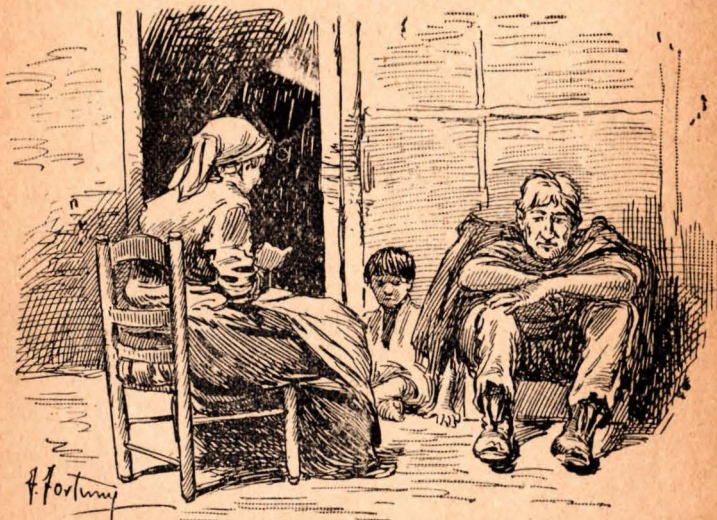
LECCIÓN IX

El invierno

Estamos á las puertas del invierno.

Los días se suceden unos á otros con una regularidad inalterable y de nuevo nos veremos junto al fuego, desentumeciendo los pies y las manos.

¡Dichosos los que tienen lumbre con qué calentarse!



Muchos habrá que tendrán el hogar frío y la mesa sin pan. ¡Pobres!

Los he visto al regresar de la escuela, en esas tardes frías en que sopla una brisa helada que arrastra las hojas secas y sacude las ropas, pretendiendo pasar á través de ellas para producir en las carnes una sensación cual si clavarán puntas heladas.

Los he visto sentados en el umbral de alguna puerta, en el borde de la vereda ó en un banco de la plaza, envueltos en sucios trapos, con las rodillas, los pies, las manos, la cabeza y el pecho al aire, las carnes amoratadas, insensibles. ¡Pobres!

¿Cuántos serán merecedores de más dicha?

Me han llenado de compasión y siempre que he podido he echado la mano á los bolsillos para darles una limosna y otras veces los he conducido hasta casa para darles un saco, un pantalón ó un par de zapatos que ya no usaba, y me lo han agradecido con lágrimas en los ojos.

La vista de la miseria siempre aflige, y los corazones nobles y bondadosos procuran aliviarla.

A veces deseo el invierno, porque me encantan esos días de una infinita tristeza, con su cielo de un capote gris y las veladas al tibio calor de la lumbre, sentado junto al abuelo ó apoyada la cabeza junto á las faldas de mamá, oyendo la narración de cuentos de hadas y ogros, ó la lectura de una interesante novela ó episodio de la historia patria, y entonces, arrullado por la lluvia que redobla en los vidrios de la ventana, y el viento que doblega los árboles del jardín, arrebatándole las últimas y amarillentas hojas, me duermo, y turba mi sueño tranquilo el recuerdo del mísero que ví al regresar de la escuela, sentado en el umbral de una puerta, en el cordón de la vereda ó en el banco de la plaza.

Lo veo en el mismo lugar, alumbrado por la luz triste de un farol, doblado sobre sí mismo y tiritando de frío; la lluvia lo envuelve y el torbellino del viento lo arrebatata de mi vista...

Entonces renuncio á las veladas de invierno que tanto me agradan y deseo que reine siempre la envidiable primavera con su luz y sus flores para consuelo de los menesterosos sin ropa y sin hogar.

LECCIÓN X

Cuento

Perico es un chiquillo que vive con su mamá en una casucha que queda á inmediaciones de la estanzuela.

Diariamente le vemos montado en su borriquillo, seguir pacientemente el camino de la escuela.

El maestro de Periquillo, como cariñosamente le denominan sus compañeros, es un mocetón llamado Federico, que antes fué alumno de la misma escuela.

Todos le conocen y le quieren porque ama mucho á los chiquitines, quienes se le aproximan para hablarle siempre muy cerquita, pues Federico tiene para ellos, constantemente, una palabra cariñosa y alguna golosina.

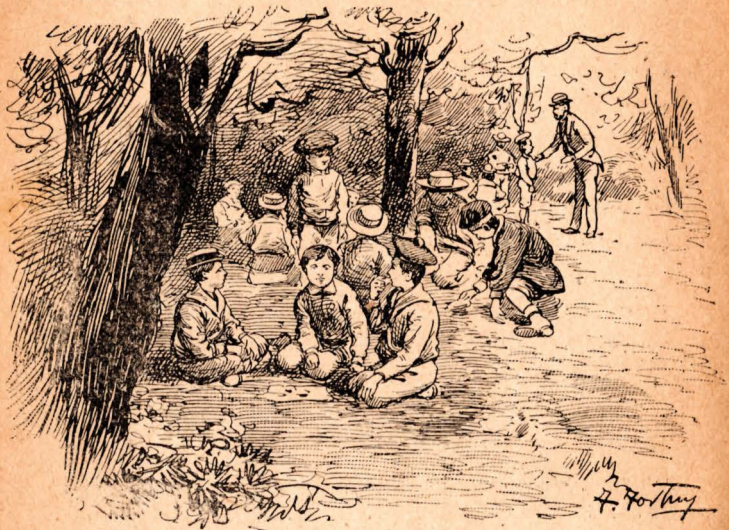
El día jueves era grande para los alumnos, porque se destinaba al paseo escolar. Los excursionistas se dirigían á un bosque vecino, donde había árboles frutales y el dueño de aquella propiedad había dado permiso para que los muchachuelos de la escuela comiesen fruta hasta hartarse.

José, que parecía un hombrazo, estiraba sus largos brazos y bajaba de los árboles, ya unas castañas, ya otra fruta con la que convidaba á los muchachitos más pequeños de la excursión.

De pronto y por la senda opuesta á la que ellos iban, apareció una robusta mujerona que traía una canastaza colgada del brazo.

Acercóse al grupo dirigiéndose al señor maestro, y le dijo:

—El dueño de aquel caserón que tenéis á la izquierda, me manda con esta cesta llena de provisiones de boca para que estos chiquititos coman á su salud.



El señor maestro se deshacía en cumplimientos mientras que los alumnos se deshacían de impaciencia, prometiéndose un buen rato, y bendiciendo, desde lo más íntimo del corazón, al dueño del caserón que tan generosamente se interesaba por los hambrientos chiquillos que paseaban por su bosque.

Cuando el maestro destapó la cestaza, y aunque las provisiones eran abundantes, como tuvieron que repartirse entre muchos, sólo tocó á cada uno de los alumnos, un pedacito de carne con cuero, tan sabrosa,

que á los pequeñuelos pareció mucho mas chiquitito de lo que era en realidad.

Sin embargo, dieron las gracias á la mujerota portadora de tan oportuno obsequio, y se desparramaron los pequeñuelos por aquel pintoresco bosque, como bandada de alegres pajarillos.

De pronto, todos se detuvieron, armando una vocinglería infernal y batiendo palmas de contentos.

Acercóse Federico, presuroso, con el objeto de ver cuál era la causa de tan grande alboroto, y encontróse un pilón de mármol que había sido construído para bebedero de caballos, y en el cual se encontraba tranquilamente bebiendo un hermoso potrillo, objeto de ovación tan entusiasta.

Ya se disponían algunos de los más traviesos á montar en pelo al pacífico animal, cuando el bonachón de Federico se interpuso, diciéndoles:

—¿Será posible que abuséis así, de la indulgencia del bonazo del dueño del caserón, que tan generosa acogida nos ha dispensado?

—No, no; dijeron todos á una voz; dejemos al animalito.

En eso sonó la voz del maestro, que dijo bastante fuertecito:

—A casa, amiguitos, á casa.

Inmediatamente aquel hormigueo de chicos formó una columna, la que á paso redoblado y entonando una cancioncita escolar, se retiraron con el corazón rebo-sando de contento

LECCIÓN XI

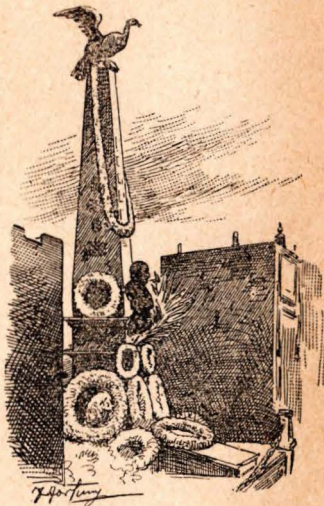
Domingo Faustino Sarmiento

El día 11 de Septiembre de 1883, dejó de existir, en la Asunción, capital del Paraguay, uno de los argentinos más ilustres.

La patria lo lloró, y el día que llegaron sus restos, la ciudad de Buenos Aires enlutó sus calles con negros crespones, acompañando el pueblo entero los venerados restos hasta el cementerio de la Recoleta, donde los guarda el sencillo monumento que se representa aquí. ¡Nunca he visto a Buenos Aires tan triste como aquel día!

Todos deseaban manifestar su sentimiento por la gran pérdida, y hasta los niños de las escuelas se reunieron en la Plaza San Martín en número de 10.000, para contemplar con sus inocentes ojos, llenos de tristeza, el paso del fúnebre cortejo, que, precedido por las notas lúgubres de los clarines, avanzaba lentamente bajo la fina lluvia que caía.

¡Qué triste estaba Buenos Aires!



Cuantos más años transcurren desde aquel infausto acontecimiento, la figura de Sarmiento se va agigantando, y á la manera que el cóndor, que guarda su sepulcro, hiende los aires escalando inaccesibles alturas, así el recuerdo de Sarmiento asciende en la consideración de sus conciudadanos que lo proclaman el argentino más ilustre, el genio que con mirada penetrante sondó las tinieblas del futuro, prediciendo los hechos que hoy nos sorprenden.

¿De dónde era Sarmiento? ¿Frecuentó escuelas de fama? ¿Estudió en alguna universidad?

No; nació en San Juan, donde bebió en su infancia los sencillos afectos y cariñosos consejos de una buena madre.

Al dejar la escuela fué dependiente de una modesta casa de comercio; solo, y por amor al estudio, robaba horas á la noche y leía con avidez buenos libros.

De esa manera, aprendió mucho por el propio esfuerzo. Joven inteligente y activo, habló enérgicamente contra la tiranía á que estaban sometidas las provincias; esto le valió persecuciones que le obligaron á expatriarse á Chile, donde se dedicó á numerosas y variadas ocupaciones.

En Chile, desde modesto maestro de escuela, llegó á fundador y director de la primera Escuela Normal de Santiago de Chile.

Viajó por Europa estudiando y aprendiendo siempre. Luego pasó á los Estados Unidos, conquistando justa fama, combatiendo con sus libros y escritos al tirano que dominaba en Buenos Aires.

Años después, fué elegido Presidente de la República Argentina.

Sus miras iban siempre dirigidas á las escuelas, porque sabía que en ellas es donde se cimenta el porvenir de la patria. Aun en sus últimos años se preocupaba de escuelas, niños, libros y maestros.

Los niños de las escuelas de Buenos Aires, visitan, en cada aniversario de su muerte, la tumba del viejo maestro, deshojando flores sobre el frío marmol.

Así es como los niños honran á los grandes, pero mañana cuando sean jóvenes ciudadanos, deben honrarlos imitando su perseverancia, su carácter y sus austeras virtudes.

Sarmiento será siempre el modelo en que deba inspirarse la juventud argentina.

Depositemos nosotros también sobre el mármol que guarda sus restos, y á imitación de los niños, nuestra humilde ofrenda.

¿Qué depositaremos?

Un gajo de palmas, símbolo de la gloria.

LECCIÓN XII

Las minas

Se llaman minas los lugares donde se trabaja con el objeto de extraer del suelo algún mineral.



Cuando se trata de piedras para construcciones, mármoles, conchillas, etc., se dice *canteras*, las cuales suelen ser siempre al aire libre, en las llanuras ó en las faldas de las montañas.

La mina, propiamente dicha, por lo general es una *socavación* en el suelo ó en las montañas, en forma de túnel, asemejándose á gigantescas cuevas de ratones ó de vizcachas, muchas veces de una longitud y profundidad considerables.

Las personas que se dedican al *laboreo* de las minas se llaman *mineros*.

Las socavaciones se llaman *galerías*; cuando están hechas en la piedra viva se sostienen por sí solas; cuando en tierra movediza, es necesario ir construyendo paredes y bóvedas á fin de impedir los *desmoronamientos*; sin embargo, á veces ocurren accidentes de esta clase, encerrando á los pobres mineros, que perecen aplastados ó asfixiados.

En las minas de carbón se desarrolla un gas inflamable y explosivo, por lo cual los mineros no pueden encender luz.

Hay una lámpara llamada de Davy, la cual, por su construcción, permite ser usada en las minas sin causar explosión, por encontrarse encerrada la llama en una tela metálica, pero sucede á veces, que por imprudencia de los mineros, la misma lámpara suele ser causa de catástrofes al abrirla para encender la pipa ú otra cosa.

Hay minas de plata, de hierro, cobre, plomo, estaño, etcétera.

Para sacar los minerales hasta la superficie de la tierra, hay muchos medios, los cuales dependen de la configuración de las galerías.

Una vez afuera, se lleva el mineral al horno para sacar el metal y arrojar lo demás que resulta inservible, á lo que se le da el nombre de *escorias*.

Las minas constituyen la riqueza de muchos países; en el nuestro, la región minera de más importancia, es la que se encuentra en la provincia de La Rioja y tiene por centros principales la ciudad de Chilecito y Famatina; le siguen en importancia las que presentan las demás provincias andinas: San Juan, Mendoza, Catamarca, Salta y Jujuy.

Hay minas tan grandes, que los mineros forman en las galerías verdaderas poblaciones.

El trabajo que lleva á cabo el minero es uno de los más duros y pesados.

Es una porfiada lucha contra los grandes obstáculos que opone la Naturaleza.

El hombre gana el pan con duras fatigas y la tierra regada con el sudor de su frente, devuelve á la mano laboriosa los productos que guarda en su seno.

En las minas es donde se puede medir el temple de voluntad de los hombres y el poder de su laboriosidad.

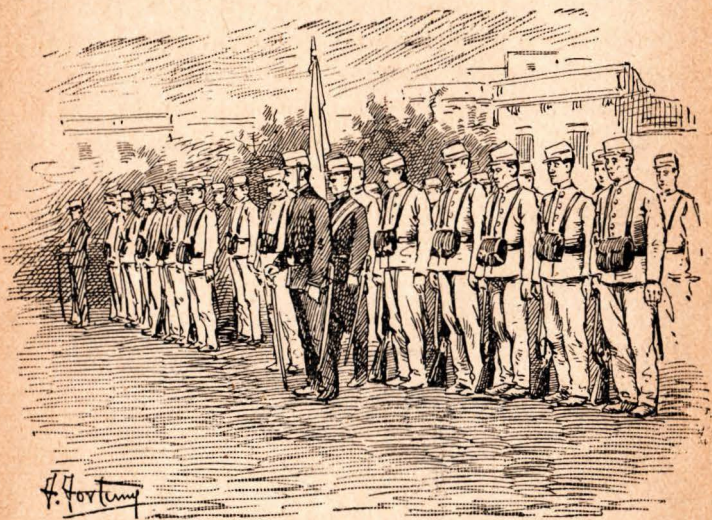
Hay que contemplar esas largas perforaciones para darse cuenta de ello y de cómo con su constancia logra dominar á la misma Naturaleza.

LECCIÓN XIII

La guardia nacional

¿Qué es la guardia nacional? preguntará algún niño ó alguna señorita, amigos de saberlo todo.

Pues la guardia nacional, como lo significan muy bien esas dos palabras, es la custodia, los guardianes de la Nación.



Está compuesta de la juventud argentina, la cual está obligada por las leyes á armarse en defensa de la patria cuando ésta se lo pida.

Los ciudadanos que han cumplido veinte años de edad, están obligados á formar con la tropa de línea durante sesenta días.

La guardia nacional activa es aquélla que será llamada inmediatamente en el caso de una guerra y la forman los ciudadanos solteros de dieciocho á treinta años.

La reserva la componen los que son llamados en un caso en que se necesitan de nuevos soldados; está formada por los hombres casados de dieciocho á treinta años, y los solteros de treinta y uno á treinta y cinco.

La guardia territorial la forman los viejitos, la cual tiene por objeto vigilar y cuidar la respectiva localidad y está compuesta de los ciudadanos casados de treinta y uno á cuarenta años, y solteros de treinta y seis á cuarenta y cinco.

Los que vemos todos los años que dejan sus casas para vestir el uniforme de soldado, son de veinte años y van á pasar sesenta días de campaña en compañía de los soldados de línea, y entonces se dice que es guardia nacional movilizada.

Los que vemos los domingos solamente, haciendo ejercicios en las plazas y calles, son la guardia nacional activa.

En tiempo de paz, como es natural, para cuidar las fronteras y para reprimir cualquier desorden que se promueva dentro del país, basta con los batallones de línea existentes; pero, en el caso de una guerra, entonces se recurre á la guardia nacional, y toda esa juventud, que mediante los ejercicios hechos los domingos, se ha instruído en el manejo de las armas, se alista,

forma batallones y marcha á los campos de combate, llena de entusiasmo y patriotismo.

Esos son los batallones de los guardianes de la Nación, el pueblo que corre á la lucha en defensa de su territorio ó de su dignidad.

A los niños les agrada mucho ver los ejercicios é imitarlos.

Los que tienen padres pudientes, corren á las jugueterías y compran un fusil, una espada, gorro, tambor y corneta; y los pobrecitos, como los de mi barrio, se conforman con buscar un palo que ponen sobre el hombro á manera de fusil, otro que atan á la cintura figurando la espada, y con un diario hacen un bonete; luego se ponen en fila, y uno con un tacho y dos palitos se pone al frente, y... en marcha: racataplán, racataplán, racataplán... van ensordeciendo el barrio entero, haciendo enojar á las señoras viejitas y espantando á todos los gatos, perros y otros bichos de la vecindad.

A mí me agrada ver á los pequeñitos, tan serios, marchando al compás del improvisado tambor y pienso que ellos serán algún día los valientes oficiales de la guardia nacional, que acudirán presurosos á luchar intrépidos por el honor de la Patria.

LECCIÓN XIV

Las bromas de Rosas

Allá por el año 1840, era dueño de vidas y haciendas, como vulgarmente se dice, el tirano don Juan Manuel de Rosas.

El día que don Juan Manuel estaba de bromas, era para echarse á temblar, pues siempre la emprendía con alguno, obligándole á hacer lo que no le gustaba.

¿Y saben Vds. por qué? Porque el día que estaba más malhumorado, era precisamente el que más bromas daba al primero que se le presentaba, porque para él, lo mismo daba éste que aquél.

Estaba dando su clase de piano la hija del tirano.

Su profesor, un joven francés muy bien educado, manifestó á Manuelita que se encontraba muy necesitado de recursos, y como hacía dos años largos que le daba clase, sin haber cobrado el importe de sus lecciones, le pedía hablase con su papá y le consiguiese algún dinero.

—¡Imposible! le dijo Manuelita. Por bien de Vd., yo no le hablo hoy de eso á papá; si Vd. le viese cómo está de enojado, si parece un tigre furioso; espanta sólo de verlo.

El pianista insistió; necesitaba para las doce cuatro mil pesos y era necesario que Manuelita lo sacara de aquel compromiso.

—Lo haré, dijo la joven, pero temo mal resultado; espéreme Vd. aquí, que pronto volveré.

El joven se quedó temblando; no se animaba ni á respirar. Lo que pedía era el producto de su trabajo honrado. En dos años no se había animado á pasar la cuenta, pero ese día había amanecido nublado para él, y haciéndose la violencia más grande, había tenido que pedir.

Volvió Manuelita y dijo al joven:

—No sé qué pensar; papá me ha besado con cariño, ha oído mi petición, pensó un momento y me dijo: «Dile al gringuito que pase aquí; lo espero á tomar un mate amargo, y ponte á cebarlo».

—¡Mate amargo! dijo el pianista con un tono de desaliento tan grande, como si hubiese dicho ¡me muero! Imposible, agregó, el mate me repugna, no lo puedo pasar, y el amargo me envenena.

—Imposible, dijo Manuelita á su vez; si Vd. desaira á mi padre, es capaz de cometer una barbaridad; haga un sacrificio, tome aunque sea un par de mates y verá cómo sale bien; es una broma que mi padre quiere darle.

—¡Pero, qué broma, señorita!

—Vamos, pasemos al cuarto donde papá nos espera.

El joven francés la siguió, y lleno de temores, penetró en la estancia de aquel hombre terrible.

—Buenas tardes, amiguito, dijo el tirano; ¿qué tal? ¿Cómo van esas lecciones de piano? ¿Adelanta la discípula?

—Sí, excelencia, fué lo único que acertó á responder el pianista, haciendo una reverencia y pensando en aquel brebaje que había de tomar, quieras que no quieras.

El tirano le dió bastante conversación, y Manuelita iba y venía con aquel dichoso mate, que daba alternativamente al profesor y á su padre.

Al cuarto mate, el francés dió las gracias.

—De ninguna manera, dijo don Juan Manuel, nada de cumplimientos, tome amargo, que es muy sano.

El pobre joven comenzó á sentirse mal á fuerza de tanta agua amarga que se le hacía beber, y se entretenía en contar mentalmente el número de mates que llevaba tomados, alegando pretextos de buena salud, cuando ya tenía miedo de enfermarse.

Comprendiendo que de todos modos, entre morir de esa manera ó acarrear el castigo de Rosas, cualquier cosa era preferible, le dijo humildemente á su excelencia, que no tomaba más porque se sentía enfermo.

—Peor para Vd., si no puede más, y ahora lo verá.

El pobre pianista pensó que había llegado el último día de su vida.

Apareció Manuelita con otro mate, y el tirano le preguntó:

—¿Cuántos mates ha tomado?

El pianista se adelantó á contestar humildemente:

Veinte y nueve, excelencia.

—Manuela, ve y dile á mi cajero, que entregue por sus sueldos devengados, á este flojo tomador de mate, la cantidad de veintinueve mil pesos. Y dirigiéndose en tono burlón, dijo al francés:

—Usted lo pase bien, profesor, y hágase al mate amargo, porque es muy provechoso para la salud.

El pianista estaba que no salía de su asombro: creía ser castigado de una manera bárbara, y entre tanto se

le daba una fortuna, porque en aquel tiempo, lo era esa cantidad.

¿Qué creerán Vds. que sucedió?

Pues nada; el pianista no murió como él creía, ni siquiera se enfermó, debido quizás al buen digestivo que le dió el cajero de su excelencia.

Desde ese día, nadie ganaba al francesito á tomar mate amargo, pero ya no le produjo el resultado de la primera vez.

Como se ve, el día había amanecido nublado para el pianista, pero mucho antes de las doce salió el sol, para él, más esplendente que nunca.

LECCIÓN XV

Las distracciones

Cuenta la tradición un curioso percance ocurrido á un médico español que vivía en la ciudad de Buenos Aires por el año 1822.

Este médico era un hombre querido y conocido, tanto por sus bondades é inteligencia, como por las dotes de su persona, pues era instruído, educado y elegante. Jamás se presentó en público sino con la mayor corrección en su traje.

Usaba botas granaderas de charol, con grandes borlas negras. La corbata blanca la llevaba siempre artísticamente anudada á su cuello; en invierno usaba un abrigo, especie de levitón, con una grande y elegante esclavina que se asemejaba á la capa española.

Cualquiera al verle se hubiese confundido, pues tenía aire de hombre de autoridad, y luego, aquel bastón con grandes borlas de seda negra y rica empuñadura cincelada de oro, parecía confirmarlo más.

Lo único de incorrecto que se observaba en aquel tipo, casi perfecto, era el lenguaje, pues una pronunciación catalana, fuertemente acentuada, revelaba el origen de su nacimiento.

Este señor médico de que me ocupo, se llamaba Salvio Gafarot. Se casó en Buenos Aires, y más tarde, su hijo José se dedicó á la carrera de su padre y des-

empeñó una cátedra en la Facultad de Medicina con un acierto que le honraba.

Un hecho curioso cuentan los hombres de aquella época.

Encontrábase don Salvio preocupado en la construcción de una casa de su propiedad, y en momentos en que hablaba con el capataz de la obra, llegan á llamarle urgentemente, pues uno de sus enfermos se había agravado.

Con la actividad que le caracterizaba, acudió don Salvio á casa del enfermo.

Después de la visita de práctica, sacó de su cartera un formulario y recetó:

«25.000 ladrillos de piso en infusión».

Firmó, se despidió y salió.

La señora, sin perder tiempo, envía á su sirviente en busca del medicamento. Llega á la botica jadeante, porque el remedio era urgente, toma el boticario la receta y lee:

«¡¡25.000 ladrillos en infusión!!»

Aquel hombre se quedó asombrado; jamás receta más rara se presentó á su despacho; abría los ojos, gesticulaba y ponía en movimiedto todos los músculos de la cara, y el sirviente, que lo miraba, abría la boca y lo miraba espantado.

Aquello era incomprensible para él, pero se daba cuenta que sucedía algo extraordinario.

Por fin el boticario pudo hablar.

—Este medicamento no podrá estar hecho sino de aquí una hora.

—Vol...ve...ré, dijo el sirviente, entre asustado y compungido.

El boticario tomó su sombrero y con aquel papel en la mano, que lo leía y lo volvía á leer, fué en busca de don Salvio.

Lo que resultó de esta entrevista no lo sé, por eso no lo cuento, pero don Salvio decía cuando le daban bromas al respecto:

—A cualquiera le puede suceder lo mismo; el hecho ni es curioso, ni sorprendente: no es más que el resultado de las distracciones.

Pero yo digo: felizmente que en aquel momento su preocupación no pudo causar víctimas, pero si le hubiese preocupado el modo de matar ratones ó cualquier animal de los tantos dañinos que abundan ¡pobre enfermo! ¡El Señor nos libre de las preocupaciones de los médicos y de los que no lo son!

LECCIÓN XVI

Cornelio Saavedra

Nació en Potosí en 1764, y era descendiente del famoso gobernador del Paraguay y de Buenos Aires, Hernandarias de Saavedra.

Muy niño lo trajeron á Buenos Aires, donde hizo sus estudios en el colegio de San Carlos. Pero sus aficiones



militares lo inclinaron á sentar plaza en uno de los cuerpos de la guarnición.

Era jefe del regimiento de Patricios en 1806, cuando invadieron los ingleses el Río de la Plata.

Este batallón se componía en su casi totalidad de criollos, en cuyas filas formaba la juventud. Los patrios se distinguieron en el ataque contra las fuerzas de Berresford, un año después, en la resistencia contra el ejército de Witelocke. Con este motivo, Saavedra vino á ser la primera personalidad entre los americanos y la columna en que reposaba el prestigio y el poder de Liniers.

Cuando se desarrollaban los sucesos del 1º de Enero de 1809, fué Saavedra quien con sus tropas decidió á Liniers á que se mantuviese en el mando, y es con él con quien contaban los caudillos de la emancipación para llevar á cabo la empresa peligrosa.

Conociéndose su patriotismo y sus ideas, fué visto para que entrara en el movimiento que se preparaba, y aceptó, siendo su actitud la que dió ánimo á los iniciadores, y nervio á la revolución.

Comprendiendo el Cabildo cuánto valía su nombre, fué nombrado en la junta que debía actuar bajo la presidencia del Virrey, pero en la sesión del 25 tuvo que cambiarse la lista respetando el voto del vecindario, y se le nombró Presidente del primer gobierno patrio de la República Argentina.

El brigadier general Saavedra careció, sin duda, de la energía y de las grandes vistas de Moreno, su secretario en la junta, pero si él tuvo debilidades y errores, no pueden atribuirse sino á falta de grandes talentos y á su carácter moderado.

La derrota de Huaquí le decidió á marchar en auxilio de las tropas del Alto Perú, pero un movimiento lo sacó del gobierno y le formó juicio de residencia.

Procesado, desterrado y perseguido, mucho sufrió aquel varón ilustre, y falleció en la capital en 1829, protestando su ardiente patriotismo, la pureza de sus sentimientos y la fidelidad á los grandes principios de 1810.

En el cementerio del Norte se levanta un modesto monumento que encierra sus cenizas, las que esperan el día anhelado para ser colocadas en un sitio preferente del Panteón Nacional.

En el pueblo de Saavedra, cerca de la ciudad de Buenos Aires, hay una estatua que responde á sus méritos y servicios.

LECCIÓN XVII

La meditación

Es agradable recogerse en silencio, siquiera una hora al día, para meditar sobre las cosas de la vida.

Lo han aconsejado los mejores sabios; y el mismo Jesucristo ha dicho, que antes de acostarse es conveniente dedicar un momento para hacer un breve examen de lo que hemos hecho y de las sensaciones experimentadas durante el día.

Ahí, á solas, se oye más clara é imperiosa la voz de la conciencia que nos aplaude ó recrimina, según que apruebe ó desapruebe nuestros actos.

Cuando el cielo nos depara una madre cariñosa, un padre bondadoso, á ellos es necesario acudir en demanda de consuelo, cuando nos sentimos entristecidos porque hemos cometido un error; ellos son los buenos amigos que jamás engañan.

Cuando no se tiene dicha tan grande, entonces se recurre á los otros amigos: los buenos libros.

El niño, aunque pequeño, es necesario que comience á darse cuenta de sus actos, y pesarlos con todo criterio; de su examen fácilmente deducirá si su conducta ha merecido parabienes ó reproches.

La meditación es para todos, pues á todos les proporciona la ocasión de imprimir á su conducta un rumbo fijo, apercibiéndose de los desvíos que haya cometido.

Hay quien aconseja más aún, pues creyendo que no basta con pensar, estiman conveniente que se consigne en un libro de memorias todos aquellos hechos que hayan merecido nuestra atención y que nos puedan servir de enseñanza para el futuro.

Este es el medio de que se han valido muchos hombres de talento para darse á conocer.

Muchos datos de nuestra historia han sido tomados de las páginas de los modestos libros de memorias de nuestros grandes hombres.

Los niños no deben desperdiciar estas advertencias, ni olvidar lo que les enseña.

LECCIÓN XVIII

Julio y la escuela

El mes de Julio tiene una alta significación para los buenos argentinos.

En él se celebran interesantes fiestas en las escuelas para conmemorar el más grandioso hecho de arrojo y valentía en época aciaga, y el más digno de aplauso que encierra en sus doradas páginas la Historia Argentina: la declaratoria á la faz de la tierra, de la independencia de un pueblo, que nacía grande, digno y valiente.

Los niños concurren con semblante alegre á las aulas, porque el maestro les cuenta anécdotas preciosas ocurridas en los venturosos días de la independencia argentina.

Todo respira patriotismo; las clases de lectura son alusivas, las de geografía amenísimas, pues en ellas, trátase de la provincia ó nación que sea, del estado sudamericano que se cite, se refieren, ya hechos importantes ocurridos en ellos, ya escenas á cual más brillantes, que tuvieron lugar durante la independencia de dichas regiones, y los nombres de San Martín, Belgrano, Moreno, Bolívar, Sucre, etc., suenan de un confín al otro de las escuelas.

¿Qué os contaré de las clases de cálculo? son las más interesantes; se trata de las fechas históricas, siempre

BIBLIOTECA NACIONAL

DE MAESTROS

memorables; de averiguar el tiempo transcurrido desde los hechos más gloriosos hasta nuestros días. De la edad de los personajes hasta el momento que actuaron en una acción lucida, dándose la fecha de ella y la edad y fecha en el momento de su muerte.

Otras veces se trata de averiguar la del nacimiento de un héroe, de su primer campaña, etc., en forma problemática y hay que pensar, porque si no, resultan contestaciones erróneas, cuando no disparatadas, y los compañeros ríen y el equivocado queda con el rostro cubierto de grana, redoblando sus esfuerzos hasta hallar la contestación deseada.

Los bellos pensamientos escritos en los pizarrones y que se cambian á cada hora de clase, el dibujo con lápices de colores, el escudo, la bandera, las estatuas y monumentos más ó menos bien dibujados, se destacan en el fondo oscuro del pizarrón y de las pequeñas pizarras.

A mí me gusta la escuela porque en ella aprendí á querer á la patria, á conocer los hechos más brillantes de sus interesantes páginas, como asimismo el desinterés y altruismo de muchos hombres que tuvieron siempre por divisa el patriotismo, á los cuales el calificativo de héroes y grandes no les basta para poder apreciar con exactitud la grandeza de sus almas.

Me gusta la escuela porque allí se vive la vida de la inocencia en medio de una atmósfera bonancible de paz y cariño y con los recuerdos siempre gloriosos de la patria.

Los patricios del año 1810 en el memorable día 25 de Mayo, no quemaron un solo cartucho, y consiguieron el triunfo de sus derechos. Después, es verdad que lu-

charon, que la guerra se prolongó por algunos años, en defensa de su territorio, de sus vidas, de sus familias, de sus hogares y de su patria.

¡Gloria á los vencederos y vencidos de aquella sublime jornada! porque no sería digno del vencedor guardarle rencor al vencido, que al fin fueron nuestros padres.

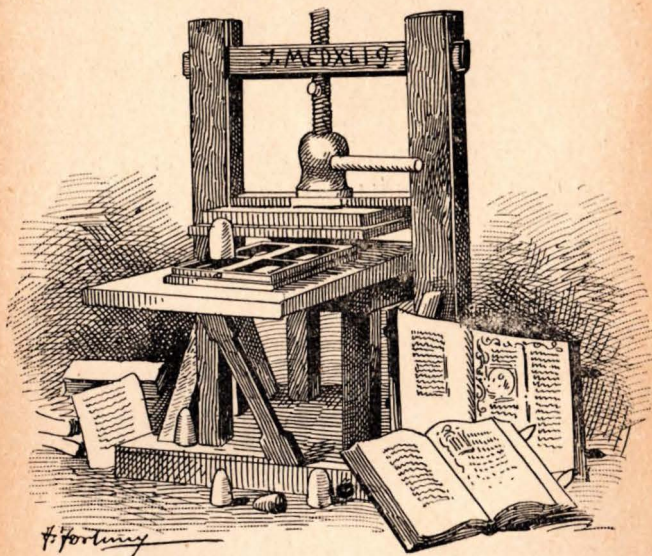
¡Honor al Congreso de la benemérita ciudad de San Miguel de Tucumán, que el 9 de Julio de 1816, inspirándose en los deseos vehementes del pueblo y atendiendo á los reiterados pedidos y consejos de San Martín y Belgrano, declaró solemnemente la independencia de la patria, convirtiéndose en realidad lo que era un hecho desde el 25 de Mayo de 1810!

¡Honor y gloria á la escuela, el templo más santo que haya levantado el hombre, puesto que en ella se nos enseña á amar á la familia, á la sociedad, al pueblo, á la patria, á la humanidad!

LECCIÓN XIX

La imprenta

¡Cuán útil fué su invento! ¡Si Guttemberg no hubiese realizado tan preciosa obra, no tendríamos los libros, nuestros buenos y complacientes compañeros!



Muchos ensayos y experimentos tuvo que hacer Guttemberg para llegar al mejor medio, al más sencillo y de mejores resultados.

No poca paciencia tuvo; bastantes veces hizo y deshizo, no satisfecho de su trabajo.

Aguzaba su mente, perseveraba con constancia, trabajaba y gastaba sus ya escasos recursos sin desalentarse por no obtener los resultados anhelados.

La constancia de Guttemberg tuvo su premio; imaginó grabar las letras separadamente, á las que llamó letras movibles, las que uniéndose sucesivamente y según fuese necesario, harían la *composición* para llegar á componer las páginas de un libro ó diario.

Al mismo tiempo comprendió que debía elegir otra sustancia más dura y resistente que la madera, para que las letras fuesen de mayor duración.

Pensó que sería mucho más rápido y económico el hacer un molde para fabricar mayor número de letras en más corto tiempo, cerciorándose por un éxito satisfactorio en sus ensayos.

Podía exclamar triunfante: ha llegado el momento de presentar el resultado de mis experiencias, pero . . . ¡pobre Guttemberg! Estaba pobre, arruinado; todos sus recursos los había agotado en ensayos, y aunque triste y pesaroso por tan poderoso obstáculo, no quiso dejarse vencer y buscó hombres ricos, aunque avariciosos, para que lo ayudasen, los que no tardó en encontrar.

Poco tiempo precisó Guttemberg para fundir los caracteres móviles y utensilios necesarios para imprimir su primer libro.

El progreso ha perfeccionado mucho el invento de Guttemberg; las máquinas ahorran mucho tiempo y labor al operario. La imprenta tiene también su nombre científico, se llama *tipografía*, porque á las letras de imprenta se les llama *tipos*, y al obrero *que compone* ó forma las palabras con sus tipos se llama *tipógrafo*.

Nada más curioso que ver trabajar al tipógrafo.

Figuraos nuestro pupitre de escuela dividido en una multitud de pequeños cajoncitos en los cuales se coloca el tipo, pero separando las letras en un orden admirable.

El tipógrafo, ó *cajista*, como también se le llama, toma en su mano izquierda una pequeña reglita chata y plana, con un reborde en su parte inferior, á la cual se le llama *componedor*, porque sobre él se colocan los tipos para componer las palabras.

La palabra *empastelar* es empleada por los cajistas cuando voluntaria, ó involuntariamente, los tipos salen del orden en que deben estar colocados, originando una confusión de letras ilegibles.

Una vez compuestas las líneas se van depositando ordenadamente en una tabla con reborde que se llama *galera*.

Terminada la composición se *corrige*, esto es, se saca una *prueba*, para ver si tanto la palabra como la puntuación están correctas.

En seguida se *arman* las *páginas* poniendo la composición en la *forma* ó *rama*, con la cual se pasa á la máquina para que la *imprima*.

Luego se doblan los *pliegos* y por último se *encuadernan* para poder formar un libro.

Tales son, á grandes rasgos, todas las operaciones á que da origen el útil arte del tipógrafo, del que ha sido inventor el citado Guttembecg, prestando con ello uno de los más grandes servicios á la humanidad.

LECCIÓN XX

El hombre á la moda

Así le llamaban en su época.

¡Había adquirido tanta fama, se había conquistado tantas glorias! Luego era tan jovial, tan amigo de las reuniones y diversiones, muy especialmente del baile, su pasión favorita.

Sus maneras distinguidas, las novedades fastuosas que había introducido de las populosas ciudades de Europa, que contrastaban con las costumbres sencillas de estas colonias, le hacían acreedor á tal título; sin embargo, no vayáis á creer, que porque á sus contemporáneos se les ocurriese llamarle así, fuese un hombre perfecto, nada de eso: sus cualidades morales no eran precisamente las que más favor hacían á su personalidad, pero ¿qué queréis? las exterioridades engañan la mayor parte de las veces de una manera seductora ó contraria.

El hombre á la moda, como mimado de la fortuna, era orgulloso y altanero, pues sabía muy bien que su fama gloriosa de valiente resonaba en toda América.

El no aceptaba glorias á medias, quería ser el único, sin que sombra alguna se le interpusiese, y en este sentido no transigía con nadie.

Cuenta la historia, que la entrevista que tuvo en Guayaquil San Martín con Simón Bolívar—que no es otro

que el hombre á la moda—dió por resultado la separación del ejército del hombre más modesto y desinteresado, con que contaron en esa época los miembros más activos de la independencia sudamericana.

Cuando el hombre á la moda, ó el libertador, ó Simón Bolívar, como indistintamente se le llamaba, entró triunfante á la capital del Perú, fué recibido con muestras del mayor regocijo por parte de los habitantes, que comprendieron había terminado para ellos la esclavitud, y que la independencia y la libertad comenzarían desde entonces, haciéndolos más felices.

El regocijo de los habitantes comenzó á manifestarse; los banquetes, los bailes, etc., en honor del libertador, se sucedieron continuamente.

Cuenta la tradición, que en uno de esos banquetes, se encontraba el libertador con los oficiales de su ejército y algunos del argentino, el que quedó á sus órdenes desde el momento en que San Martín se retiró.

Por una casualidad, y en el momento de los brindis, tocó con el brazo una botella de licor, que derramó su contenido sobre el blanco mantel, el entonces mayor Juan Lavalle.

El hombre á la moda, dejándose llevar por la impetuosidad de su carácter violento, le dijo:

—¿En qué mesa está acostumbrado á comer usted?

Lavalle, comprendiendo que la calma era la mejor consejera en aquel caso, contestó reposadamente, con orgullo y firmeza.

—En la mesa de mis padres, donde se muda un mantel á cada plato.

Tanto la pregunta como la contestación ponen de manifiesto el carácter de ambos personajes: el primero

insolente, orgulloso y altanero; el segundo valiente y digno.

Queridos niños, tratad de conduciros en la mesa con toda circunspección y tino, para que en ella no se produzca una nota discordante, y si desgraciadamente os ocurre encontraros en ella con un hombre á la moda, imitad la calma de nuestro querido Lavalle, que en tan lacónica frase le dió una lección al hombre que todos temían y admiraban creyéndolo irreprochable.

LECCIÓN XXI

Si quieres saber quién es Periquillo dale un mandillo

I

Rechazando las preocupaciones del día, de que todo lo viejo tiene que desecharse por inservible, creo, muy por el contrario, de que todo lo viejo, siempre que este todo se refiera á algo que rebose enseñanza moral, lo debemos tener muy en cuenta.

Para demostrar lo primero y lo segundo, es decir, lo que expresa el encabezamiento de estas líneas y lo que aseguro en seguida, voy á ocuparme de un ejemplo que nos brinda la historia, pues ya he dicho muchas veces, que, para aprender moral y tener buenos ejemplos que imitar, debemos llamar siempre á las puertas de esta ciencia.

II

Allá por los años 1817, era Presidente y capitán general de Chile, don Francisco Casimiro Marcó del Pont.

Este señor, mientras permaneció en el mando, no demostró más que soberbia; cuando cayó de él, fué el ser más humilde é inofensivo.

Ya tienes, querido lector, el retrato de Periquillo, quiere decir, de Marcó del Pont.

III

Cuenta la tradición que una vez, dirigiéndose por escrito al general San Martín, le decía: «Yo firmo con mano blanca, y no como la de Vd., que es negra.» Pero la historia, que no sostiene una verdad, si no tiene para ello documentos auténticos, asegura que Marcó no escribió tal cosa, por cuanto no se ha conservado el escrito que lo pruebe.

Sin embargo, asegúrase que el hecho es verídico, por cuanto el general Espejo fué uno de los testigos de la escena, y que esas palabras las escuchó de los labios de Marcó, al firmar el escrito en contestación al que le envió el general San Martín, notificándole la declaratoria de la independencia.

IV

Los trabajos de la revolución se aceleraban; la causa de la independencia conquistaba cada vez mayor terreno.

San Martín, al frente de sus bizarros granaderos, había organizado un buen ejército para llevar á cabo la difícilísima tarea de libertar á Chile.

Aquel hombre valeroso, que no tenía más orgullo que el del deber cumplido, que no poseía otras aspiraciones que la de ver su patria engrandecida, aquel hombre justo y severo en sus principios, era todo genio, todo espíritu, porque el mismo día que se dió la batalla de Chacabuco, estaba enfermo, muy enfermo, atacado de reumatismo nervioso, y sin poderse sostener sobre el caballo, pudo por esfuerzo del espíritu vencer la mate-

ria y terminar con éxito una de las batallas mas lucidas de su gloriosa carrera.

La batalla de Chacabuco fué ganada por los patriotas y con ella asegurada la independencia de Chile.

V

En dicha batalla fué prisionero Marcó, y conducido á presencia del general del ejército libertador, éste lo recibió de pie, y con semblante alegre y ademán cortés, le dijo:

—¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!

En seguida lo condujo á su despacho, permaneciendo en conferencia casi dos horas.

Terminada la conversación, San Martín despidió á su enemigo—á aquél que había puesto á precio su cabeza—con toda cortesía, cosa que no hubiera hecho otro hombre, por cuanto Marcó tenía una deuda larga con el general argentino, pues no sólo puso á talla su cabeza, sino que hacía quemar los papeles que le interceptaba, por manos del verdugo, y cuando conseguía atrapar á uno de sus agentes, lo mandaba ahorcar.

VI

¡Cuánta diversidad de hombre á hombre; qué diferencia entre San Martín y Marcó.

El primero poseía el mando y su acción eficaz la ponía en pro de las causas nobles; perdonaba siempre á su enemigo, y jamás se permitió otra venganza que las bromas irónicas para aquéllos que trataban de ridiculizarle.

Ésa es la manera de conducirnos con nuestros enemigos, perdonándoles, porque la vida debe ser útil en

todo sentido, y las acciones de los individuos, son algo así como el espejo que reflejan la imagen del corazón y la del pensamiento.

Queridos niños, imitad siempre la conducta de San Martín en tales casos, y os conquistaréis, despacio, despacio, el más digno puesto en la sociedad, al mismo tiempo que el cariño de vuestros padres, maestros y compañeros.

LECCIÓN XXII

La calumnia

Un grupo encantador de jóvenes bellas y lozanas alegraba los claustros tristes, por la falta de luz, de aquel hermoso cuan elegante edificio.

El ir y venir de grandes y pequeñas, las sonoras y argentadas carcajadas, las sonrisas furtivas, las pupilas vivas y centelleantes, la alegría, la bulla y el contento, todo, indicaba que aquel edificio era el de una escuela y en aquellos momentos se encontraban en un intervalo de descanso, lo que se conoce con el nombre de recreo.

¿Cómo se comprende, pues, que todo aquello inspirase compasión? No, no me refiero al cuadro, porque él reunía todos los atractivos de la belleza y seducción; me refiero á aquel hermoso grupo de niñas que están en esa edad seductora en que se pisa los umbrales de la juventud, prometiendo cruzarla con toda la belleza y lozanía propia de la edad.

Me refiero é ese grupo de niñas, rubias y morenas, altas y bajas, bonitas y graciosas, que desmentían de una manera cruel el conjunto de bellezas que el cuadro ofrecía á los sentidos, porque su conversación hubiese quemado quizás los labios no ya de una niña, sino de una mujer de mundo que está habilitada para ciertas conversaciones y juicios.

Aquellas infelices criaturas cometían el más horrible crimen moral que pueda cometerse. ¿Sabéis lo que hacían? Calumniaban. ¿A quién? Horrorizaos, calumniaban á su maestra.

Por eso yo al oírlo sentí cubrirse mi semblante de rubor y pensé que con cuánta razón se ha dicho que algunas palabras manchan y queman, no al que se dirigen sino al que las pronuncia.

En aquel momento sentí oprimirse mi corazón, y desde aquel día, siento conmiseración por aquellas jóvenes, niñas aún, que el gusano del mal comienza á deteriorarlas por dentro.

Cada vez que lo recuerdo, me pierdo en un mar de reflexiones queriéndome explicar la impureza de los pensamientos de esas niñas, la bajeza de los sentimientos que se anidan en sus pechos, y no hallo nada que las justifique, y sólo digo: es una verdadera decepción que las que nacieron para ser ángeles del hogar, para albergar sentimientos nobles y generosos, para destilar miel de sus labios y hechos, se conviertan en ponzoña y profanen lo más noble y delicado del ser humano.

Queridas niñas, huíd siempre de esas compañeras enredadoras y envidiosas que se afanan por depositar en vuestros corazones gérmenes malos, que sólo os harán sufrir.

Desechad todo sentimiento bastardo, y si alguna vez el espíritu del mal bate sus alas y se cierne sobre vuestras cabezas, invocad á Dios, entregaos á una ruda tarea y no dejéis que vuestros labios formulen una sola palabra, expresen un solo juicio que pueda ser desfavorable.

Acordaos siempre que la maledicencia y la calumnia, no son hijas de Dios.

LECCIÓN XXIII

Buenos Aires

La Provincia de Buenos Aires, es uno de los trozos más bellos de la patria.

Es su suelo, inmensa llanura que sólo se interrumpe al sur por sierras de poca elevación que semejan los dorsos de enormes cetáceos que se hubiesen petrificado sobre el suelo de la Pampa.

La gramilla, el trébol, la cola de zorro, el pipirigallo, revisten de verde tapiz la extensa llanura.

Miles de ganados agitan el suelo al recorrerlo de un extremo al otro, sorprendidos ante la veloz locomotora que insensiblemente va tejiendo una red con reflejos de acero.

En sus costas, bate incansable el Atlántico, removiendo las arenas de sus extensas playas.

Muchas veces estremeciósese su suelo bajo el casco de guerreros corceles.

Siempre fué la primera en la lucha, y sus hombres, como sus ideas, irradiaron sus luces por toda la República.

Las calles de Buenos Aires sirvieron de ensayo en la guerra, al criollo humilde, que con su valor supo dominar las legiones inglesas.

Cien nombres de sus departamentos recuerdan á los próceres de la independencia, á los cuales se les honra erigiéndoles duraderos monumentos.

Buenos Aires ha sido la cuna de todas las iniciativas, la hermana mayor de las demás provincias, razón por la cual ha marchado la primera en los destinos de la patria.

Su capital ha sido la vieja ciudad que lleva el mismo nombre, hasta que en el año 1882, su gobernador doctor Dardo Rocha, fundó la ciudad de La Plata el 19 de Noviembre, trasladando á ella el gobierno con todas sus oficinas y dependencias, en Mayo de 1884.

Dicha ciudad, y respondiendo al rango que le corresponde como capital de la primera provincia argentina, es un modelo, que admira á todos los que la visitan, no sólo por la exacta disposición de sus calles, amplias avenidas y plazas, sino por el gran desarrollo alcanzado en muy pocos años, por los imponentes y hermosos edificios públicos que posee, y por el puerto, amplio y espacioso, llamado á ser de los primeros en todo el continente americano.

LECCIÓN XXIV

Las parímas

Al norte de la República Argentina se encuentra un país llamado Bolivia.

En este país existen aún poblaciones enteras de indí-



genas, gente sumamente mansa, dócil y de costumbres muy sencillas.

Son descendientes de aquellas tribus que encontraron los españoles en tiempo de la conquista, cuando existía el imperio de los Incas, y que trataron tan duramente,

sometiéndolos y reduciéndolos á la más triste esclavitud, educándolos luego en ese sometimiento á la autoridad del amo, á lo que vino á cooperar los sentimientos de mansedumbre predicados por los misioneros religiosos.

Eran, pues, y son aún, de costumbres sumamente primitivas, y de una natural bondad.

Como se encuentran diseminados y casi perdidos dentro de las sierras, resulta que no alcanzan hasta ellos los progresos modernos, de manera que no tienen las máquinas, los vehículos, los instrumentos y las armas que nosotros poseemos, lo cual no les priva de que se procuren sus alimentos por medio del cultivo de la tierra, de la caza y de la pesca, y que practiquen algunas industrias con las cuales comercian con sus vecinos.

Al lector curioso se le ocurrirá preguntar: ¿y cómo cazaban ó cazan, sin tener escopeta?

Es muy sencillo; y ya verán cómo aquéllos hombres, sin más instrumentos que sus flechas ó sus lanzas en los tiempos antiguos, y sin nada de eso actualmente, pueden cazar las aves para su manutención ó para las industrias.

Voy á contaros un caso muy especial, por el que admiraréis todo lo que la necesidad aguza el ingenio, y cómo es muy verdad aquel dicho, tan sabio, de que más vale maña que fuerza.

Existen en Bolivia unas aves que se llaman parimas, pertenecen al orden de las palmípedas, son de largo cuello, airoso aspecto y de un brillante plumaje de color rosado; viven, como es consiguiente, en las lagunas, donde se hace difícil cazarlas, por lo que los indios han ideado el siguiente medio:

Echan á la laguna una cantidad de calabazas, zapallos ó porongos, como les llaman en Bolivia y en algunas de nuestras provincias, que por ser huecos y livianos flotan en la superficie del agua y son empujados de un lado para el otro por el viento.

Esto hace que las parimas se acostumbren á verlos, de modo que se aproximan ó se paran sobre ellos, sin el menor recelo, viéndose los zapallos boyando, rodeados de dichas ánades.

Cuando llega la época buena para cazar el ave, con el objeto de utilizar su plumaje y sus carnes, los indios van á las lagunas, se desnudan, toman un zapallo y se lo ponen en la cabeza, á manera de sombrero y así se echan al agua procurando que les llegue hasta la boca, avanzan en esta forma y se introducen entre las bandadas de parimas, las cuales al ver que es un zapallo, no huyen, y entonces el indio, por debajo del agua, las va tomando por las patas y las zambulle, para que no espanten á las demás, y sigue así hasta que ha recogido un buen manojo de patas y entonces se retira nuevamente á la orilla con su zapallo en la cabeza.

LECCIÓN XXV

Lo que cuentan los diccionarios biográficos

— Buenas tardes, Carlos.

— Querido Federico, tanto bueno por acá.

— ¿Estudiabas?

— No, leía.

— Seré curioso. ¿Qué leías?

— Un diccionario biográfico.

— Vaya, hombre. ¿En vacaciones y te preocupas de estudiar?

— Si no estudio.

— Pues si lees biografías, no sé qué otra cosa se puede llamar.

— ¿Crees, acaso, que esa lectura no entretiene?

— Lo que es á mí, no; te aseguro que estoy harto de biografías, de hombres célebres, de héroes, de fechas y de todo ese cúmulo de sucesos que en vano me afano por retener, y que mi rebelde memoria se opone á conservar.

— Claro está, como que no lees con gusto, como que no te interesa.

— Pero dime, ¿te interesa á tí?

— Pues, ya lo creo; cada vez me interesa más.

— ¿Y por eso estudias biografías?

— Pero si no estudio, leo.

—Pero hombre, qué cosa, ¿acaso leer no es estudiar?

—Te equivocas; aunque leyendo se aprende, pero no se estudia.

—Explícame eso, ¿quieres?

—Cuando estudiamos, nos detenemos á objeto de comprender y apropiarnos de las ideas particulares sobre un asunto; y cuando leemos, tratamos de conservar la idea general del mismo.

—Pues mira, puedes tener toda la razón que quieras, pero es el caso que por más que me aplico no puedo aprender la historia, por más que lea ó estudie.

—Sin embargo Cristián, Enrique Heinecke, sabía á los trece meses toda la historia sagrada.

—¡A los trece años, querrás decir!

—No señor; trece meses, como lo oyes.

—Pero si á esa edad no sabemos hablar.

—Pues, ahí tienes; él sabía en los primeros meses de su nacimiento.

—Pienso que quieres burlarte de mí, y como no conozco nada de historia, me refieres hechos inverosímiles.

—Pues en tal caso no seré yo quien invente; lo dice este diccionario biográfico y otros muchos que he consultado.

—¿De dónde era ese niño?

—Ese niño era alemán y nació en Luberck, el año 1721.

—Pero, si parece increíble, ¡la historia sagrada á esa edad!

—Pues cuando sólo contaba un año de edad sabía ya lo hechos principales del Pentateuco.

—Lo que me dices me sorprende y hace meditar.

—Pues mira, se cuenta mucho más; quizás, no lo creas, porque á la verdad asombra; el niño de Lubeck, como le llamaron, á los dos años sabía historia profana antigua y moderna, y geografía.

—Pero me anonadas; si yo, que tengo doce años, nada sé, ni siquiera una palabra de francés, que hace dos años estudio.

—Pues ya que de idiomas hablas, te diré que este niño alemán, á los cuatro años sabía el latín y el francés.

—Pues mira, Carlos, me parece que lo mejor que haremos es poner en cuarentena lo que dice ese diccionario, porque . . . ¡vaya! eso de sabios de cuatro años, no es para creerse.

—No me extrañan, querido Federico, tus dudas, cuanto que no lo pudimos conocer, porque asimismo dudaban sus contemporáneos y de todas partes acudía gente á verlo.

—Si tantos le vieron, será verdad, no debemos dudar de tan elocuentes testimonios.

—Otra prueba más: dicen que el rey de Dinamarca le llamó. El niño se presentó en Copenhague en el año 1724, y al convencerse de que lo que se decía del niño era verdad, lo colmó de regalos.

—Pues si de niño era así, no dudo que de viejo habrá sido el asombro del mundo.

—No lo creas.

—¡Cómo!

—Se murió en el año 1725; solo vivió cuatro años. A su vuelta de Dinamarca, cuando llegó á Lubeck, se enfermó, y comprendiendo que se moría, exhortó á la conformidad á sus padres.

—¡Cómo sentirían la pérdida de ese niño sabio!

—A la verdad, los padres quedaron en la desesperación, y el mundo no salía de su asombro á la presencia de un caso tan original.

—Ya veo que la lectura del diccionario no es tan aburrida como se cree.

—Con paciencia espero llegar, si no á ser sabio, á conocer la historia de la humanidad.

—Pues yo te aseguro, Carlos, que me está interesando la lectura de ese libro.

—Hagamos un trato: tú te vienes todas las mañanas temprano y le dedicamos una hora á su lectura; después jugamos un partido de pelota.

—Convenido.

Ambos niños se despidieron, y desde aquel día Federico fué uno de los discípulos más inteligentes en historia, pues gracias á Carlos se convenció que estudiar no es conservar la letra en nuestra mente, sino asimilar las ideas.

La infancia de todos los hombres célebres, como asimismo sus glorias y virtudes, les serán tan conocidas y familiares como á cualquier sabio.

LECCIÓN XXVI

El que mucho habla, mucho yerra

Hay niños que por conversar, dicen lo que es y lo que no es, sin tener en cuenta hasta dónde puede conducirlos su falta de sinceridad.

Voy á contaros lo que le sucedió á Juanito.

Juanito era un niño muy hablador y muy aturdido; hacía por hacer y hablaba por hablar, sin que jamás le guiara otro móvil que el de hacerse notable, y sin que para ello pensase ni hiciese nada de provecho. Únase á esto que también era vanidoso, pues como Juanito era hijo de un abogado distinguido, pensaría tal vez el pobre chico que forzosamente él tenía que ser un talento, como si el título de profesión ó la justa fama adquirida por el padre, hubiese sido obtenida por los esfuerzos del hijo.

Pues bien, Juanito, por darse importancia, se le ocurrió contar en los días de revolución, á todos los vecinos del barrio, que en su casa tenían armas.

La noticia cundió por toda la ciudad con la velocidad del rayo; los vecinos estaban alarmados; las autoridades señalaron la casa de Juanito como sospechosa. Tanto se habló y comentó el hecho, que la policía tuvo que tomar participación; la casa fué registrada sin que encontrasen arma alguna, y el padre de Juanito fué tomado preso para que declarase dónde las había escondido.

La mamá de este niño, al ver la policía en su casa y que llevaron á su esposo, se impresionó de tal manera, que se desmayó y hubo que llamar al médico, el cual reconoció con la mayor atención á la enferma, pues la impresión había sido tan fuerte, que se temía un ataque á la cabeza.

El niño estaba arrepentido; bien comprendió que él había sido el causante de todos aquellos males que ocurrían en su casa.

Cuidaba á su madre con el mayor cariño, él mismo le daba los remedios y no cesaba de llorar.

Al cuarto día, el médico declaró que la señora estaba fuera de peligro, y, en efecto, ésta mejoraba notablemente.

El esposo obtuvo su libertad y volvió ansioso á su hogar, donde fué recibido cariñosamente por la esposa y los hijos, quienes lo besaban y abrazaban alegremente.

Sólo Juanito, en un rincón, pálido y lloroso, sin atreverse á levantar los ojos, demostraba que no participaba de aquella alegría de familia, y muy por el contrario, sufría mucho.

El padre se apercibió y le dijo:

—¿Qué es eso Juanito, huyes de mí, como si fuese un criminal? ¿Acaso durante mi ausencia no te has conducido bien?

El niño lloraba á sollozos; la madre lo defendió; Juanito se había portado muy bien y la había atendido con cariño incomparable.

—Ven á mis brazos, hijo mío, le dijo el padre; pero el niño no se movía y redoblaba su llanto.

—No me explico... pero dime, Juanito, ¿crees, acaso, que porque me han llevado preso, no soy digno de tí? ¿sospechas algo de tu padre.

—No, padre mío; tengo miedo y vergüenza de haber perdido vuestro cariño; yo sí que no soy digno; y sollozó el niño amargamente.

—Pero ¿qué dices? Yo no te comprendo.

Entonces el niño refirió á su padre las conversaciones tenidas en el barrio y cómo él había sido la causa de su prisión.

El padre acercó el niño á sí, y le dijo:

—Hijo mío, felizmente el hecho ha pasado sin consecuencias mayores y tu conciencia se ha encargado de castigarte severamente. Medita sobre lo que has hecho y corrígete de tu defecto.

En efecto, la lección fué bastante dura, y Juanito se curó radicalmente.

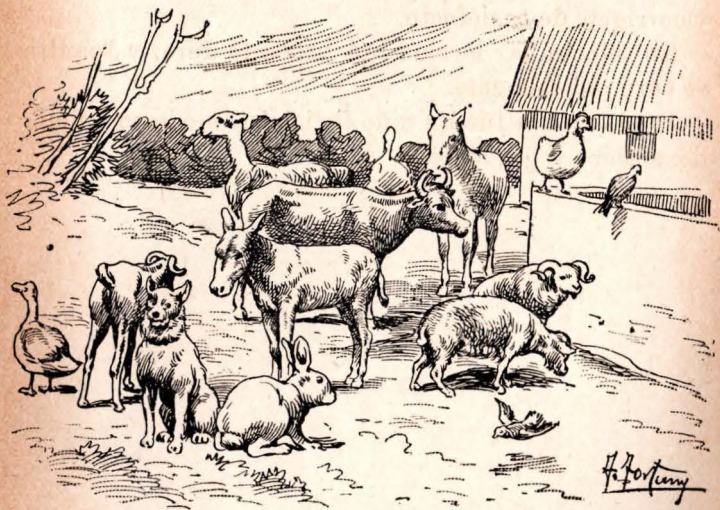
Desde ese día fué un niño delicioso, modesto, humilde, sincero y prudente.

LECCIÓN XXVII

Los amigos del hombre

Los animales son los mejores amigos del hombre: con generosidad le acompañan y ayudan en su tarea.

El perro le cuida la casa, lo libra de los ratones, cuida de las ovejas, lo defiende en caso de peligro, lo salva de la muerte sacándolo de entre las nieves, y hasta del agua, si lo ve ahogándose.



El caballo, el asno y la mula, lo lleva á largas distancias por caminos arenosos y pedregosos, por valles ó

montañas, por terrenos fáciles y peligrosos, salvando abismos, vadeando ríos ó trepando por angostos desfiladeros, hasta llegar á las empinadas cumbres.

La vaca, el novillo, el cerdo, la oveja, la cabra, el pavo, la gallina, el conejo, la liebre y multitud de pequeños pájaros y peces, le ofrecen fresca y apetitosa carne con que saciar su hambre, al mismo tiempo que sus cueros, para que fabrique botines, arneses y multitud de objetos á cual más útiles y necesarios.

La oveja, la cabra, el guanaco, la llama, la vicuña, la alpaca, etc., ofrécenle su sedoso y abrigado pelo para que teja sus ricos géneros de lana y abrigue con ellos su desnudo cuerpo.

El oso hormiguero, el murciélago, los pajaritos y muchos animales insectívoros, lo libran de los insectos perjudiciales al hombre mismo ó á las plantas de que él se alimenta.

A medida que vayáis estudiando los animales y sus costumbres, comprenderéis la necesidad de tratarlos siempre como á nuestros amigos, pues que son muy pocos los que se presentan en son de guerra al hombre, y generalmente, cuando tal acontece, es porque el hombre le ha provocado.

Por eso es que se pide á los niños no maten á los animales. Demasiados mueren para satisfacer nuestras necesidades. Dejémosles vivir: primero, porque no tenemos derecho á ser crueles con ellos; segundo, por nuestra propia conveniencia.

En nuestro país, muchos hombres se dedican á la cría de animales y al mejoramiento de las razas, y la riqueza de la República aumenta con esta industria que se llama ganadera.

La República Argentina, en sus extensas praderas, cuenta con muchos animales que viven en paz con el hombre, recibiendo de él sus cuidados y ofreciéndole en cambio sus vidas para que llene sus necesidades y aumente sus riquezas.

LECCIÓN XXVIII

Los juegos

RAÚL.—Aurelio, tú que sabes hacer tantas pruebas bonitas, podrás hacer una para entretenernos.

AURELIO.—Bueno. ¿Has visto á un huevo cambiar de lugar á su voluntad?

R.—¿Qué disparate; esa prueba no la harás!

A.—¡Sí, que la haré!

R.—¿De qué manera? ¡Ah!... ya... empujarás el huevo y lo harás rodar.

A.—Nada de eso. Ya lo verás. Voy en seguida á traer un huevo, y él se encargará de convencerte... Aquí está, ¿lo ves? tócalo.

R.—Sí, ya lo veo; es un huevo de gallina; la cáscara es sólida.

A.—Mira bien; aquí dejo el huevo; observa; yo me retiro.

R.—Calle... pues el huevo se mueve; parece que rueda, pero se detiene como si alguien le sujetase... ¡qué raro! pero dime, Aurelio, ¿lo has magnetizado...?

A.—No; no he podido hacer eso, porque no sé.

R.—¿Qué has hecho, pues?

A.—¿No te lo imaginas?

R.—¡No puedo... el caso me parece maravilloso!

A.—Pero no hay tal maravilla. He empleado el procedimiento que tú empleas en la escuela para acabar

con la paciencia de la maestra y divertir á los compañeros.

R.—¿Yo...? ¡Ah, sí...! pero esto es distinto.

A.—En la forma sí, pero no en el fondo.

R.—No acierto.

A.—Pero dime, ¿qué hacías ayer cuando la maestra te reprendió?

R.—Había cortado unas figuritas de papel que se asemejaban en su forma al cuerpo de las tortugas, puse goma en el papel, después cacé moscas y apoyé el papel engomado sobre el lomo de una mosca, puse ésta con su carga en la pared, y como la pobre no podía volar, por tener las alas pegadas al papel, se conformaba con ascender por la pared con su carga á cuestras.

A.—¿Y qué sucedió?

R.—Pues... sucedió que los demás niños de la clase hicieron un alboroto de risas y palmoteos, cuando se apercibieron del hecho, dando por resultado mi dichosa idea, el enojo de la maestra.

A.—Pues bien, yo, que te ví hacer eso, gusté de la ocurrencia. No me reí, porque los juegos no son para las horas de clase, pero pensé que si una mosca podía moverse con aquella carga, yo podía tomar otro insecto más grande y hacerle mover mayor peso.

R.—Sí, pero aquí no se trata de eso. ¿Donde está el insecto? ¿Cuál es su carga?

A.—Ya sé que no lo pude conseguir, pero se me ocurrió otra idea. Tomé este huevo, hice un pequeño agujero, vacié el contenido, introduje en su interior un grillo y tapé la abertura con cera blanca. El grillo se mueve buscando una salida, y á su vez produce un movimiento en el huevo, por cambiar éste de base en

razón á su forma redonda que, como la maestra lo ha explicado muchas veces, la base de un cuerpo redondo es el punto en que el cuerpo descansa.

R.—¡Sabes que has estado muy ingenioso! Se me ocurre una cosa, ¿no se morirá el grillo por falta de aire?

A.—Indudablemente, pero cuando tal suceda lo reemplazaré por otro.

R.—La señorita nos ha pedido que seamos buenos, cariñosos y protectores para con los animales.

A.—¡Bah! Eso se dice, pero no se hace. A buen seguro que á la maestra le parece exquisito el asado que se sirve en su mesa y al comerlo no tendrá en cuenta que se ha dado muerte á un animal, ni pensará siquiera en la protección á los animales.

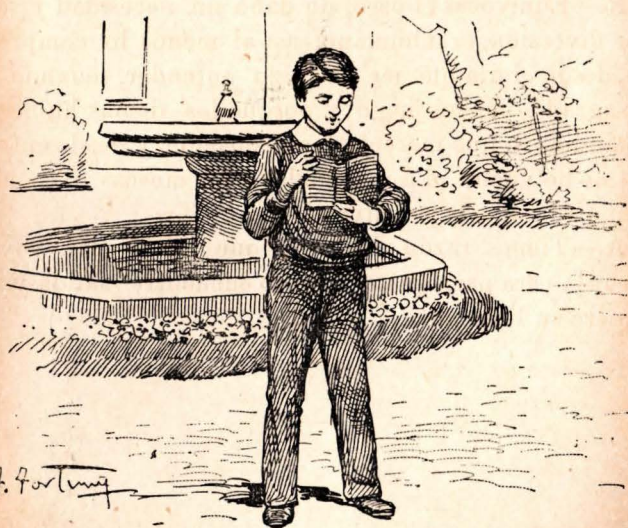
R.—Equivocas el caso; un daño sin necesidad y sólo por diversión, es inhumano; así al menos lo comprendo, desde el día que me lo hizo entender, cuando se desagradó por mi juego y porque los demás hubiesen aplaudido lo que merecía desaprobación, y desde entonces no he vuelto ni á incomodar á las moscas ni á ningún otro animal por divertirme.

A.—Tienes razón. No creía que hacía mal; voy á sacar la cera para que el insecto encuentre salida y recupere su libertad.

LECCIÓN XXIX

¡Al estudio!

Yo sé que vosotros sois buenos niños, y que al comenzar la tarea en este grado, sólo tenéis el anhelo de instruiros, para corresponder á los sacrificios de padres y maestros y con el objeto de ser miembros útiles de la sociedad.



Para conseguir esto, ningún medio es tan eficaz como el estudio, los libros, la escuela y el maestro.

El estudio requiere paciencia y constancia; nada hay más reprochable que ver algunos niños dejarse caer sentados sobre una silla para decir refunfuñando que están cansados, que el estudio es muy pesado, que se fastidian.

¡Qué vergüenza!

Arriba, arriba, obreros del trabajo, y mirad con desprecio siempre al zángano de la colmena humana, que desde niño se prepara para ser una carga intolerable en la sociedad.

Hubo un pueblo en la antigua Grecia, que tenía tal respeto por la labor individual y por la acción de cada uno, que cuando nacía un niño deforme y que se suponía que sus defectos lo inhabilitaban para el trabajo y por tanto no podría bastarse á sí mismo, lo condenaban á morir arrojándolo á un precipicio.

Aquel pueblo se llamaba Esparta y la labor de sus hijos le dió muchas glorias.

Hoy no se procede con tanta barbarie puesto que al mudo, al ciego, al sordo, al jorobado, los cretinos y dementes se les educa y se les da ocupaciones adecuadas á sus menores aptitudes para que se ayuden á sí mismos con su trabajo; y los sanos y robustos contribuyen voluntariamente con el óbolo de su caridad, dotándoles de asilos y casas donde pueden vivir y gozar aun en medio de sus desgracias.

Dichosos los niños que pueden estudiar y prepararse para días de prosperidad y dicha.

El estudio, amiguitos, debe ser la constante preocupación de los buenos; luego los libros con sus páginas instructivas, la escuela con todos sus útiles y el maestro con todas sus lecciones.

Con esto no quiero decir que no juguéis, pues el juego también es necesario después del trabajo. Procurad armonizar lo uno con lo otro, de manera que por tres horas de estudio podáis procuraros una de distracción.

¡Qué figura tan antipática la que presenta el holgazán tirado á la bartola sobre la yerba! Yo sé que vosotros sois buenos y laboriosos y sólo tenéis el anhelo de instruiros; por eso gustosa os ofrezco este libro nuevo.

LECCIÓN XXX

El trabajo

Mis pequeños lectores están de regreso de las vacaciones.

Muchos se encaminaron á la campaña en busca de distracciones y arrinconaron los libros en algún estante para que, pacientes, esperasen el día que se abrieran los cursos escolares.



¿Pero quería decir esto que se olvidasen de sus estudios, que no trabajasen ya?

¡Oh, no, por cierto!

Todos Vds. sabían bien lo que el trabajo importa, comprendían bien lo que un año bien aprovechado significa.

En plena campaña, ante la naturaleza que en esa época del año despliega todas sus galas, no podían estar inactivos y todo ha sido para Vds. asunto de observación, ampliando y recordando lo aprendido en la escuela.

Muy bien: ésa es la mejor manera de estudiar con el mayor provecho.

El manso buey con su docilidad, su paso tardío y seguro da una idea de lo que es el trabajo. Arrastra durante todo el día la carreta ó tira del arado, siempre obediente, siempre sumiso y satisfecho con su condición.

Alarga el cuello para que le unzan, el pesado yugo y se dispone á la tarea cotidiana, como si realmente supiera que de esa manera obedece á la ley más grande.

La labor es dura pero es saludable y está probado que sólo ella posee el secreto de la felicidad.

Y en esta forma, cuántas conclusiones sacaría el niño observando cuando se detuviera un momento á comparar las distintas tareas en que se emplea la actividad.

¡Qué variedad y profusión de maravillas encontraría!

El sol que da luz y vida; la ola que golpea incansable el duro peñasco hasta que lo derriba; los pequeños zoófitos y moluscos que en el seno de los mares fabrican pacientemente obras de coral, nácar y perlas; la flor que al beso tibio del sol elabora misteriosamente en su ovario la semilla que ha de perpetuar la especie; el pequeño insecto que se afana en construir la

morada donde cambiará su forma de larva, por la de vistosa mariposa; los grandes mamíferos; los millones de infusorios que pueblan una gota de agua; el hombre, en fin, que con su inteligencia ha conseguido utilizarlo todo en beneficio y provecho propio.

¡He ahí los resultados del trabajo!

La tarea diaria es una constante dificultad, puesto que no basta hacer lo que se sabe ni conformarse con lo adquirido: una tendencia innata nos impele constantemente hacia adelante, y desdichado del que quiera substraerse á ese impulso.

Los rezagados en la marcha de la civilización—que es la consecuencia del trabajo—constituyen la peor de las calamidades que pueden aquejar á la humanidad.

Desde niños, hay que templar el espíritu y acostumbrar el cuerpo á la fatiga.

¿Os parecen pesados los estudios? ¡Bah! Apenas son los preludios, los comienzos de lo que os aguarda y si estos primeros pasos son dados con entereza, con decisión, es indudable que la tarea futura será menos ardua.

¡Qué tontera es dejarse acobardar! Será mayor el mérito, cuanto más grandes sean las dificultades vencidas.

Pero vosotros, mis pequeños lectores, que me habéis acompañado hasta aquí, cuando sintáis que el ánimo desmaya, haced lo que yo: dejad los libros, plumas y papeles, y... á la calle; os introducís en cualquier taller ó en cualquier fábrica, y el fuego, las ruedas de hierro, el golpear, los instrumentos, os devuelven inmediatamente la energía; y los que habéis estado en la campaña, mucho mejor: el tardo buey uncido al arado,

el labrador que lo guiaba, la reja que revolvía la tierra abriendo el surco donde germinará la semilla; el cielo despejado, las plantas engalanadas con hojas y flores y las verdes praderas...

¡Cuántos recuerdos que os alentarán!

La palabra trabajo hay que recordarla siquiera una vez por día, aunque sólo sea para dedicarle una hora.

LECCIÓN XXXI

Mariano Moreno

I

La estación más bella, la que más encantos nos brinda, la que más poesía nos ofrece, por ser la estación de las flores y los pájaros; la que á manos llenas prodiga cuadros inimitables por la riqueza de sus múltiples



variedades, ya en una vegetación que florece, ya por los tintes diáfanos de un cielo de incomparable limpi-

dez, por sus brillantes luces, por sus armonías sublimes, es la primavera.

Primavera hermosa, ¿por qué no eres eterna? ¿Por qué no nos acompañas siempre? Si así fuera, nuestras penas se mitigarían, nuestro cansancio desaparecería al contemplar con fruición y deleitarnos en los encantos de las bellezas que nos ofreces.

Pero, no; sería imposible; como eres bella, eres magnánima; tu objetivo es más grande, tu esfera de acción más amplia y no te propones sólo agradar, sino enseñar, produciendo siempre para bien de los demás, dedicando tu tiempo á todos, y por turno nos ofreces una lección moral de bondad y orden.

Al reconocerte tales condiciones ¡cuánto anhelamos tu aparición, cuánto agradecemos tu visita, cuánto sentimos el momento de la partida!

II

Nos encontramos en Buenos Aires, capital de la República Argentina.

Era un bellissimo día de primavera—23 de Septiembre de 1778;—los habitantes de esa linda ciudad sentíanse animados y felices por la aparición de tan propicia estación, pero este regocijo se notaba más, mucho más, en un hogar doblemente feliz, porque ese día tuvo lugar un acontecimiento muy digno de mencionar.

El nacimiento de un vástago, vino á completar las ilusiones y esperanzas de una pareja feliz.

Desde aquel momento todo fué alegría en aquella casa; se elegía la carrera que había de seguir el niño, se le determinaban derroteros luminosos que recorrería

el nuevo peregrino, y los padres, en la alegría de sus expansiones, se imaginaban todo bello, para que el niño que había golpeado las puertas de la vida en la estación de las alegrías, de las bellezas, de las bondades, de la felicidad, la estación de primavera—y como una consecuencia que ellos creían muy lógica en sus ilusiones de color de rosa—ese niño tenía que ser algo bueno, algo útil y provechoso para sí, para los suyos y para la patria.

III

Marianito, en verdad, era muy lindo; de cutis alabastrino con tintes de rosa, de mirar dulce y profundo, de cabellos finos y ensortijados y espesos, asemejábase á un ángel.

El niño crecía en el hogar paterno, manteniendo siempre vivas las ilusiones forjadas en el día de su nacimiento.

Llenaba de dicha á sus padres, pues siempre se distinguía por su buena conducta, por su gran corazón, por su generosidad á toda prueba; como alumno, inteligente, bueno y agradecido y como algo que ofrecía... ¡un mundo para su patria!

IV

Mariano dejó de ser niño y fué un gentil joven que continuaba siempre siendo juicioso y aplicado.

Los padres, queriendo darle una carrera, le enviaron á la Universidad de Charcas—Bolivia—donde terminó sus estudios á la edad de veinticuatro años, obteniendo siempre notas de sobresaliente, por su talento, y muy

especialmente por sus buenas cualidades como orador, pues cuando Mariano hablaba, el auditorio sentíase impresionado vivamente, llegando su influencia á tal poder, que de tantos pensamientos,—que brotaban de la mente de tantos hombres que gustosos se presentaban á escucharlo—hacía él un solo pensamiento: el suyo propio.

Uniformaba los latidos de todos los corazones de tal manera, que los hacía vibrar al unísono y por un solo ideal: *el engrandecimiento de la patria*.

V

Después de terminada su carrera, permaneció Mariano en Bolivia tres años más, al cabo de cuyo tiempo resolvió volver á su patria.

Una vez en Buenos Aires, le nombraron Relator en la Audiencia.

En 1810, fué uno de los miembros más activos de la junta revolucionaria, teniendo la satisfacción de recibir la confianza del pueblo, que le nombró miembro de la primer junta de gobierno, puesto que desempeñó con acierto, hasta que á nombre de la patria, se exigió de él un nuevo sacrificio, por lo que renunció el cargo, sin violencia, y aceptó gustoso el puesto que se le asignaba, tan sólo por servir los intereses de su pueblo.

VI

Tanta generosidad, tanto patriotismo le ha valido á Mariano el honor de que la historia lo recuerde con orgullo, porque á él también le cupo el honor de estar íntimamente ligado á los asuntos de la noble causa de la independencia.

No se distinguió, como otros héroes de la revolución de Mayo, en el campo de batalla, pero puso los servicios de su persona á la noble causa, dedicando por completo las luces de su poderosa inteligencia, á preparar ese pueblo, para que con paso seguro cruzase la senda llena de espinas, es verdad, pero finalizada de gloria que daría por resultado la independencia absoluta de toda dominación extraña.

Mariano lo consiguió, aunque no le cupo la satisfacción de contemplar los brillantes resultados de aquella titánica lucha que entabló, que fueron la completa independencia de la República Argentina y la organización de un gobierno republicano.

VII

A la edad de treinta años comienza Mariano á distinguirse como político.

Una vez más demostró su poderosísima elocuencia y la voluntad de su lógica, haciendo resaltar desde sus primeros pasos, que él no aspiraba á mandar sino á dirigir, llegando la pureza de sus sentimientos á desear que desapareciese la influencia individual del hombre que manda y que sólo se viese y distinguiese la influencia benéfica de una dirección inteligente y desinteresada, cosa que no se ha realizado aún.

¡Qué bello ideal!

VIII

Mucho luchó por sostener sus principios, tanto en el seno de la junta como con los ciudadanos mismos, y comprendiendo que la causa de ciertos desvíos estaba

en la ignorancia del pueblo, se tomó la ardua tarea de educarle cívicamente, por lo cual se hizo cargo voluntariamente de la redacción de *La Gaceta*, como medio educativo de las masas.

Ya veis, se puede llegar á ser maestro eximio, sin ocupar un puesto en las aulas, porque está evidentemente probado que la prensa es un poderoso medio de educación, tratándose, muy especialmente, de los derechos y deberes del ciudadano.

Desde entonces se dió importancia á la prensa, se popularizó, por decirlo así, en estas retrógradas colonias y lo que no pudieron conseguir los ilustres patrios Vieytes y Belgrano, lo consiguió Mariano Moreno hablando siempre de la patria, de esa patria que daría felicidad á sus hijos si ellos la honraban, si ellos la dignificaban, si ellos la querían.

IX

La Gaceta no se leía, se devoraba. El contenido, la expresión, más bien dicho, de aquellos caracteres mudos, hacían latir los corazones, aguzaban los ingenios, retemplaban el carácter y cada uno sentíase un héroe.

Comprendían la necesidad de unión, y se acercaban, se estrechaban y formaban la poderosa cadena que realizó la obra deseada por Moreno.

Muchas luchas costó, es verdad, luchas que él había previsto, sinsabores propios de la ruda jornada que se emprendía.

Nada lo arredró, y con mano segura, arrancando un jirón á aquel manto de tinieblas en que estaban envueltas estas colonias, les hacía observar las bellezas

ocultas al través de él, les enseñaba el camino por el que todos debían marchar con paso seguro para levantar sobre la base de las libertades el elevado solio donde debían colocar á la patria amada.

X

¡Pobre Mariano, era muy noble y muy grande, por eso estorbaba!

Preciso fué que el egoísmo de algunos menos patriotas resolviesen alejarle, y entonces, con toda cortesía, mostrando á ese pueblo que lo adoraba, que él era el hombre de más confianza, se le encargó de una misión diplomática.

Moreno comprende que éste es un pretexto y que se le condena á un destierro disimulado, pero todo lo sacrifica; sus partidarios estaban muy exaltados; era conveniente que él se alejara sino quería provocar una lucha fratricida; y aceptó valientemente el ostracismo.

XI

Este viaje debía ser eterno; Moreno no volvería más. De una manera casi repentina le sorprendió la muerte— el 4 de Marzo de 1811—en alta mar.

El Océano Atlántico fué la tumba digna de aquel hombre, que lejos del bullicio del mundo, mecido por las aguas y acariciado por las olas, dormiría en paz el sueño eterno.

XII

Queridos niños, inspiraos siempre en el ejemplo de este patricio, desde ya imitándole en su vida infantil: bondad, buena conducta, aplicación y trabajo, fueron su credo también.

En su juventud: patriotismo, lealtad, inteligencia, trabajo y desinterés fueron su credo también.

Si vosotros tratáis de conseguir ó practicar tales virtudes seréis hombres dignos, y no dudo que cuando la patria os exija el sacrificio de vuestras fuerzas y talentos, no haréis como esos hombres, que atendiendo más á su amor propio, á los compromisos contraídos con su partido, á sus vanidades quizás, provocan guerras fratricidas que la historia les echará en cara, poniendo de relieve su falso patriotismo y lo erróneo de sus apreciaciones que á veces les conduce hasta la temeridad. No, la generosidad y el desinterés os animarán siempre porque os habréis penetrado de las sanas doctrinas é imitaréis un ejemplo digno y austero.

LECCIÓN XXXII

Mendoza

La lámina del frente representa la plaza Cobos, que existe en la ciudad de Mendoza, capital de la Provincia Argentina del mismo nombre.

Se le llama de Cobos porque así era el apellido de la persona que cedió el terreno para que en él se construyera la plaza.



Tanto las calles anchas, ó grandes avenidas, así como las plazas, son sumamente necesarias en las ciudades, no tanto por el adorno que ellas importan, sino por los

finés higiénicos á que obedecen, siendo los principales el dar libre curso al aire, purificarlo y dar sombra por medio de sus plantaciones. Por eso vemos que, mientras las ciudades tienen sus calles estrechas y tortuosas, las modernas, consultando las condiciones higiénicas de la población, tienen las suyas rectas, anchas y pobladas de arboledas.

En Mendoza, todas las calles tienen plantaciones, abundando los plátanos, álamos de la Carolina y acacias, siendo tan lozanas que sus ramas se tocan de una á otra vereda, formando la calle una verdadera bóveda vegetal.

Se citan muy especialmente, los árboles de la Avenida San Martín, los cuales son verdaderos gigantes, tan gruesos algunos, que difícilmente los abraza un hombre.

Además de la plaza Cobos, los mendocinos tienen la plaza Independencia, mucho más grande y adornada.

En la de Cobos, como se ve en el grabado, tiene en el centro una especie de torre con reloj.

Como esta plaza es más central, es á ella donde concurren las familias en las calurosas noches de verano para oír música y tomar el fresco.

En el grabado parece que se trata de un día de invierno, pues así lo denuncia el sobretodo del hombre que se ve en primer término, así como lo blanco del suelo que muy bien puede representar la nieve.

Sin embargo, los árboles tienen aún algunas hojas, por lo que lo más probable es que se trate de uno de los últimos días de otoño, en que han comenzado á caer los hielos, antes que las plantas pierdan todo su follaje.

Tanto el hombre del sobretodo, que también lleva paraguas, así como el otro que está apoyado á un árbol de la derecha, con las manos metidas en los bolsillos, parece que de curiosos se han detenido, sorprendidos á lo que vieron al fotógrafo preparando su máquina para sacar la vista de la plaza.

Los niños estudiosos saben que la ciudad de Mendoza está situada en la falda oriental de la cordillera de los Andes, y fué fundada por el conquistador español don Pedro del Castillo, el 2 de Marzo de 1561.

Entre sus producciones se distinguen los vinos, producto de los extensos viñedos que pueblan sus cercanías y productos minerales de las minas que posee.

De Mendoza arranca la línea férrea que llega hasta el pie de las altas cumbres de la cordillera, lo que la hace el paso obligado para ir á Chile, circunstancia que le da mucho mérito como centro de movimiento, cultura y estratégico.

LECCIÓN XXXIII

Doña Rosa Mañoso

¿La conocéis? Indudablemente no; voy á haceros su presentación.

Doña Rosa Mañoso vivía en Santiago de Chile; no podré deciros si era ó no chilena, porque como el carácter de doña Rosa se explicaba tanto por su apellido, nunca podía saberse más que lo que ella quería decir.

Cuando la conocí era ya septuagenaria, habitaba en una casa propia de la cual alquilaba piezas.

Vivían con doña Rosa cuatro mujeres, de diversos tipos y edades, á quienes ella había criado, mantenía y vestía aprovechándose de su trabajo como si fuesen esclavas.

Dábaselas, la Mañoso, de filántropa por las bondades de su buen corazón, según decía pretenciosamente, demostradas á la faz del mundo por la protección generosa y desinteresada que dispensaba á estas cuatro mujeres.

Enumerar las rarezas y ridiculeces de la segtuagenaria Rosa, sería inacabable, y solamente como una muestra diré, que en verano usaba zuecos para reservar sus pies de la humedad que le dañaba horriblemente, según decía, haciendo muecas más horribles aún.

No salía al patio en esta misma estación, sin llevar sostenido de sus descarnadas manos y protegiendo su

cabeza un descomunal paraguas para defenderse quizás, de la *humedad del sol*.

Ostentábase en la ventana de la casa de la Mañoso un soberano papel atado con piolín, en anuncio que se alquilaban piezas.

A la sazón andaba buscando Sarmiento una habitación á donde trasladar á un amigo suyo, sujeto llamado Quiroga y persona de alta importancia, el que se encontraba gravemente enfermo de salud y de bolsillo, obligándole ambas circunstancias á abandonar el hotel en que vivía.

La buena ó mala suerte de Sarmiento quiso que fuera á dar á casa de la señora Mañoso, y en pocas palabras se entendieron quedando el trato en estas condiciones: Sarmiento pagaría por una habitación del patio ocho pesos y tendría derecho á pasar al segundo patio para proveerse de agua.

A la hora de haber cerrado el trato apareció Sarmiento con su enfermo tendido en un catre, el cual era traído por cuatro peones.

Mejor hubiese sido que doña Rosa no hubiese visto aquella extraña mudanza, porque puso el grito en el cielo: «atrás con ese fúnebre cortejo, so pícaro. ¿Ha tomado Vd. mi casa por un cementerio? Ese no es un inquilino, ese es un moribundo. ¿Cree Vd. que mi casa es un hospital?». Y cada vez más se entusiasmaba y más chillaba.

Los peones se quedaron estupefactos mirando á aquella mujer que nunca acababa de motejar al confundido de Sarmiento, que se encontraba perplejo y desesperado por el mal rato que aquella mujer mañosa, estaba ha-

ciendo pasar á su amigo, y en su indecisión miraba á todos lados.

¿Qué hacer? se decía, volver al hotel era imposible, prolongar ese espectáculo, menos.

Entre tanto, á los chillidos de doña Rosa, la gente se amontonaba, y la situación para Quiroga y Sarmiento, era cada vez más desesperante.

Vióse á este último desprenderse del grupo y llegar-se á una casa próxima donde vivía una señora muy buena y que tenía algún ascendiente sobre la Mañoso, y al poco rato viósele volver acompañado de ella.

—Vamos, doña Rosa, dijo la buena señora; no hay motivos para alarmarse; este señor acaba de sufrir una operación y de ahí su estado de abatimiento; no se oponga Vd. á que entre de una vez, podría perjudicarse su salud. Vamos adelante, yo aseguro que nada sucederá.

Por fin calmóse la Mañoso, se adelantó aquel triste cortejo, instalaron al enfermo en su cuarto, pero no consintió doña Rosa en que se entrase al segundo patio, ni aunque fuera por un vaso de agua, de miedo al contagio.

La señora bondadosa, que intervino con tan buen éxito en pró de Quiroga y de Sarmiento,—y que lamentó no saber su nombre para darlo á conocer—se encargó de enviar todos los remedios que se necesitaban, como asimismo los alimentos. Nunca enfermero alguno demostró la constancia y buena voluntad que Sarmiento, pues no solamente prodigaba los cuidados que la salud de su amigo reclamaban, sino que estuvo pronto para hacer sacrificios y desembolsos que la triste situación de Quiroga exigía.

Cuando esto ocurrió era verano, y más de una vez no pudo Sarmiento contener la sonrisa al contemplar á la Mañoso con su gran paraguas y sus soberanos zuecos.

El enfermo continuaba peor, los médicos consideraban el caso de suma gravedad, la tísis devoraba aquel organismo. Los calores sucesivos perjudicábanle doblemente, pues los copiosos sudores, le debilitaban más y más.

—Siento que me ahogo, quisiera incorporarme.

De un brinco estuvo Sarmiento sobre la cama. Sentóse con las piernas estiradas, suspendió con ambas manos aquel cuerpo, ya casi cadáver, y lo recostó sobre su pecho.

Todo fué inútil y en esa situación falleció el desgraciado Quiroga, con desconsuelo de Sarmiento y de sus muchos amigos, y con gran satisfacción de la Mañoso que repetía en tono lastimero no haber podido dormir desde que tal inquilino fué á vivir á su casa, pensando siempre en el hombre moribundo.

LECCIÓN XXXIV

Puerto de Corrientes

Esta lámina representa el puerto de Corrientes, capital del mismo nombre, situada sobre la margen izquierda del Paraná.

Los niños de tercero y cuarto grado que han estu-



diado sus lecciones de Geografía, están en condiciones de poder decir algo acerca de la ciudad mencionada.

Los más pequeños se contentarán con examinar el grabado, donde se distingue perfectamente á lo lejos, los grandes edificios del puerto, junto á la orilla el movimiento de gentes y carros para llevar las mercaderías que cargan y descargan; luego los elegantes

vapores y vaporcitos con sus toldos para preservar á los pasajeros de los fuertes rayos del sol.

La ciudad de Corrientes está situada en el ángulo Noroeste de la provincia del mismo nombre.

El 3 de Abril de 1588 fué fundada por don Alonso de Vera y Aragón.

Distá 40 kilómetros de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay y tiene un puerto con muchísimo tráfico.

Antes de la conquista, los guaraníes que habitaban esta provincia, llamaban á la ciudad de Corrientes, Taraguy, á causa de los numerosos lagartos que solían abrigarse en las rendijas de las murallas.

La ciudad posee un colegio nacional, dos escuelas normales, cinco plazas, cuatro iglesias, dos hospitales, uno de mujeres llamado Santa Rita y otro de hombres llamado San Juan de Dios; un mercado, una casa de corrección, un parque de artillería, un cuartel, dos cementerios, un asilo de mendigos, un teatro, una aduana, una sucursal del Banco Nacional y un palacio de gobierno. Existen dos clubs y aparecen dos periódicos.

En los alrededores de la ciudad funcionan dos astilleros, en los que se construyen embarcaciones de cabotaje con madera del Chaco.

Los buques construídos en Corrientes tienen fama de ser de larga duración por la gran resistencia de sus maderas.

La ciudad de Corrientes está á tres días de viaje de Buenos Aires, ó sea, á unos 1350 kilómetros de distancia.

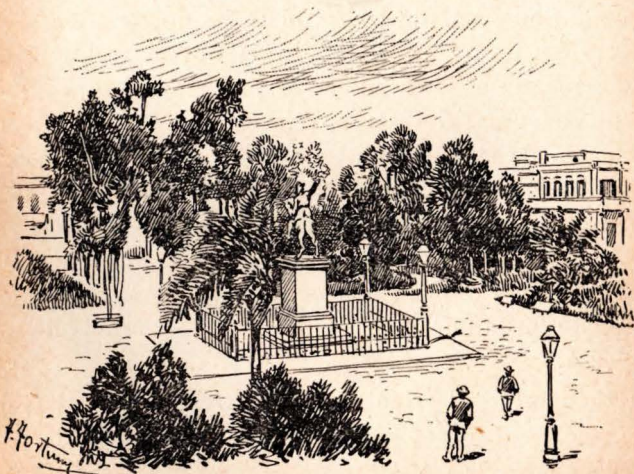
El viaje se hace en los vapores que hacen la carrera por el Paraná.

LECCIÓN XXXV

Plaza San Martín

Todos los pueblos y ciudades construyen sus plazas. Las plazas son fracciones de terreno más ó menos grandes, que se siembran de variados árboles para que presten sombra al paseante, y de preciosas plantas florestales que recrean la vista y embalsaman el aire, haciendo deliciosa la permanencia en ellas.

A los niños les gusta mucho ir á las plazas á correr, á jugar, á cazar mariposas, á divertirse, en una palabra.



El domingo fué una banda de música á la plaza del Retiro, de la Capital Federal. Me encontraba próxima

y no quise privarme del placer de aspirar el aire fresco y embalsamado de sus preciosos jardines.

Dirigíme hacia ella y sentéme en un banco próximo á otro, en el que estaban sentados dos ancianos de aspecto distinguido y que ambos, distraídamente con el bastón, hacían dibujos en la arena.

De pronto uno de ellos habló y se siguió el interesante diálogo que os referiré:

—¿Cómo se llama esta plaza?

—Se llama de San Martín.

—Luego esa preciosa estatua de bronce que se encuentra en su centro, representa al ilustre general.

—En efecto; ese es el general San Martín.

—Amigo, perdone que lo moleste con mis preguntas, hijas de la ignorancia, soy extranjero, Vd. bien lo sabe, y por tanto no conozco nada de la historia de este país, pero me gusta saberla, para lo cual no desperdicio momento oportuno. ¿Quiére decirme, qué significa esa actitud de San Martín?

—Es sencillo: cuando trató de independizar á Chile, estuvo estudiando él solo, y por espacio de mucho tiempo, los pasos de la cordillera; llegado que hubo el día elegido para el ataque, el general dividió sus fuerzas y mandó por los pasos conocidos y de fácil tránsito, las tropas que le convinieron, y con esa actitud arrogante, dijo á uno de sus jefes: Vd. por allí, y esa señal tan decisiva, esa fuerza por allí mandada, fué la que le dió el éxito de la victoria y por eso nosotros los argentinos, le hemos levantado su estatua así, cambiando el nombre de esta plaza para ponerle el del héroe.

—Luego esta plaza no siempre se ha llamado así.

—No, señor; antes de llamarse de San Martín, se llamó plaza de Marte.

—Pero, si mal no recuerdo, Marte era el Dios de la guerra. ¿A qué obedecía ese nombre?

—Le diré; este paraje no sólo ofrece el interés de lo que simboliza en el presente, sino que tiene mucha importancia histórica.

—Si no fuera molesto, le pediría que me contase algo.

—Con el mayor placer.

La plaza de San Martín se conocía en tiempos de la colonización española, con el nombre de «Plaza de Toros», pues en este paraje se había construído un circo de ladrillos con capacidad para 10.000 personas más ó menos. Dentro de este circo se habían armado unos palcos de madera en la parte alta y las gradas quedaban en la parte baja.

Todos los domingos había corrida de toros, lo que atraía la mayor concurrencia á la plaza, asistiendo desde la más alta autoridad, la del Virey, hasta el último habitante, sin excluir, por supuesto, ni á las mujeres, ni á los niños.

Esta duró hasta 21 años después de haber conquistado nuestra independencia, cabiéndole la gloria de la prohibición de tan inhumano espectáculo, á Rondeau, que durante su gobierno, el 4 de Enero de 1822, decretó, prohibiendo estas corridas de toros en toda la provincia de Buenos Aires.

Al mismo tiempo ordenó la demolición del circo é hizo construir con ese mismo material, los cuarteles del Retiro, cambiándosele entonces á la plaza el nombre de Toros por el de Marte.

Sin embargo, más nos acostumbrábamos los habitantes á llamarla plaza del Retiro y no de Marte.

—¿Luego esos cuarteles datan de esa época?

—Sí y no, porque el año 1865 fueron destruidos por una explosión que causó setenta y tantas víctimas, por lo que hubo necesidad de reconstruirlos; por tanto, existen desde el año 1822, pero se reconstruyen en 1865.

—Veo que es interesante la historia de esta plaza.

—Pues, no la cuento toda porque es demasiado larga, pero le recomiendo la lectura de las invasiones inglesas y entonces se convencerá de lo histórico y conmemorativo que son estos lugares y esos cuarteles.

—Lo haré, que me interesa vivamente.

—Otro dato se me olvidaba: en el año 1702 estuvo establecido en este mismo paraje el mercado de esclavos de las colonias españolas.

—Parece increíble. ¿Quién podría pensar hoy al ver la belleza de este sitio, que él hubiese servido para comercio tan infame?

—Qué quiere; así son las épocas y los hombres. Entonces predominaba el egoísmo humano, y el hombre hacía de sus semejantes, mercancía, sólo por el delito de pertenecer á otra raza.

Los ancianos se levantaron y siguieron su camino por una de las calles, yo quedé muy absorta, pues nunca se me había ocurrido pensar que las plazas tuviesen historia y mucho menos que ellas hubiesen servido para tantas cosas.

Entonces me dije, no basta con pasear, mirar y deleitarse, preciso será estudiar, averiguar, escudriñar

hasta conocer el origen y formación de todo lo que se presenta á nuestros ávidos ojos; por tanto, invito á mis pequeños lectores, indaguen qué se han hecho los cuarteles del Retiro, y qué edificio ocupa hoy su lugar. Por mi parte, he averiguado otro dato reciente, la estatua del negro Falucho, héroe inolvidable del Callao, se ha colocado recientemente.

LECCIÓN XXXVI

El miedo

Dos niños hablaban con entusiasmo.

—Eres muy cobarde, Pepe; cuando te parece que tu vida puede exponerse, huyes sin desafiar el peligro, como harían los hombres de valor.

—Qué quieres, Manolo, no opino de esa manera; el valor me lo reservo para sufrir con resignación las contrariedades inevitables; lo que puedo evitar, lo evito.

—Vaya, eres tan razonable como una dama; el otro día oíle decir á mi madre: nadie tan valerosa en este mundo, como la mujer; ella sufre con una resignación estóica digna de imitación.

—Así es en verdad, querido, y si escuchas los consejos de tu buena madre, no tendrás que arrepentirte.

—Vete de aquí que me impacientas, yo soy hombre, ¿lo entiendes?

—Puede que algún día te convenzas de que eso de que haces alarde creyendo es valor, no es más que extravío.

—Mira Pepe, tú estás enfermo, pues de lo contrario, no pensarías así.

—Escucha ¿crees que Sarmiento fué cobarde?

—De ninguna manera; Sarmiento fué un luchador y á cada cual le cantaba las verdades más claras que la luz.

—Pues óyeme: En tiempo de Rosas, Sarmiento fué perseguido como muchos de nuestros buenos patriotas. Eligió como punto de su residencia á Chile. Aunque se encontraba bien distante, sabía demasiado que si á Rosas se le ocurría perseguirlo, éste no sería un obstáculo, pues pagaría á cualquiera para que lo asesinase.

Esta idea no le lisonjeaba, por cierto, y Sarmiento no vivía tranquilo; por todas partes creía ver hombres que le apuñaleaban.

—Pero eso no viene al caso, las traiciones pueden temerse sin ser cobarde.

—Déjame continuar: sucedió que un día llamaron á la puerta de la casa de Sarmiento, que quedaba en el barrio de Yungay, por los suburbios de Santiago. Distraidamente, y sin acordarse de su perseguidor, sale á ver quién era y encuéntrase con un hombre que más parecía gigante, de ojos saltones y mirada de loco, vestido con una sucia sotana, cubierta su cabeza con un sombrero raído y abollado, y empuñando en actitud bélica, un grueso garrote.

—¿Era un asesino?

—Así lo creyó Sarmiento á la primera ojeada.

—¿Se había disfrazado de clérigo para mejor sorprenderlo?

—Veo que mi relato produce en tí la misma impresión que la vista del cuadro produjo en el viejo luchador.

—¿Qué hizo Sarmiento?

—No, no lo vayas á criticar; no te lo cuento.

—No, hombre, acaba, por Dios, que me muero de impaciencia.

—Pues... Sarmiento, considerando en peligro su vida, y creyéndose que aquel momento era su último momento...

—¿Qué hizo?

—Echó á correr como un desesperado y más ligero que un gamo.

—¿Y el hombre de la sotana?

—¡El hombre de la sotana! corría y corría para alcanzar... al hombre que se le escapaba.

—¿Qué sucedió por fin?

—Sucedió que á la bulla de tantas carreras asoman los sirvientes de la casa, ven á su amo perseguido y tratan de prestarle auxilio.

—¿Mataron al hombre, quizás?

—No vayas tan ligero.

—Pero, dí pronto, ¿qué sucedió?

—Sucedió que el hombre aparecido, al saltar la empalizada, como llevaba polleras... quiero decir sotana, se enredó de tal manera que... pataplún.

—¿Se cayó?

—Eso es, se cayó. Lo tomaron entonces con toda facilidad, lo registraron, y se convencieron de que no llevaba armas.

—¿Qué queria, pues?

—¿Sabes lo que quería? Muy sencillo, una limosna.

—Vete de aquí con tus mentiras. ¿Acaso para mendigar necesitaba correr tanto tras del otro, y luego ese traje...?

—Pues sí, lo llevaron á presencia de Sarmiento, el cual estaba de susto que no le llegaba la camisa al cuerpo, como vulgarmente se sabe decir. Sarmiento le averiguó quién era y qué quería, y resultó...

—Mira, no agregues más embustes.

—Cuando te digo que es cierto.

—Bueno, acaba.

—Resultó que era un clérigo demente, llamado Riesco.

—Eso no puede ser, porque á los locos los encierran.

—Pues ahí tienes: como no había donde encerrarle, andaba suelto.

—¿Perocómo no había? ¿acaso me querrás hacer creer también, que en Chile no existen casas para los dementes?

—No, no pretendo hacerte creer tal cosa, pero es que en la época del suceso todavía no se había fundado la casa de Orates.

—Qué Orates ni qué ocho cuartos, lo que yo pienso es que tú con tu flema te estás queriendo mofar de mí un rato.

—Defecto de los guapos; en todas partes creen encontrar un motivo suficiente para armar camorra.

—No es eso, es que pareceme que hablas seriamente. Te escucho con toda atención y á lo mejor sales con un desatino. ¿A qué viene eso de Orates? ¿estás por decir misa acaso?

—Pero ven acá, Pepe querido. ¿Sabes lo que es la casa de Orates?

—No lo sé, ni quiero saberlo.

—Pues es preciso que lo sepas; la casa de Orates es lo que tú llamas vulgarmente la casa de locos; ¿ves cómo no me burlo?

—Perdona, Manolo.

—Perdonado; pero un consejo: déjate de bravatas, pues ya ves que hasta los valientes se ven obligados

muchas veces á huir, obedeciendo al instinto de la propia conservación. Además, Sarmiento no se abochornaba en contarlo, y aseguraba siempre, muy formalmente, que éste era el susto más grande que se había llevado en toda su vida. ¿Podemos abochornarnos nosotros de no ser guapos ni matones, cuando al lado de la figura de Sarmiento, somos insignificantes pigmeos?

—Tienes razón, me has convencido, y desde hoy, prometo acordarme de la aventura que me has referido, y trataré de guardar mi valor para las grandes ocasiones. ¿Te parece?

—Muy bien dicho...

Y ambos niños, más amigos que antes, siguieron su interrumpido paseo por el patio de recreo.

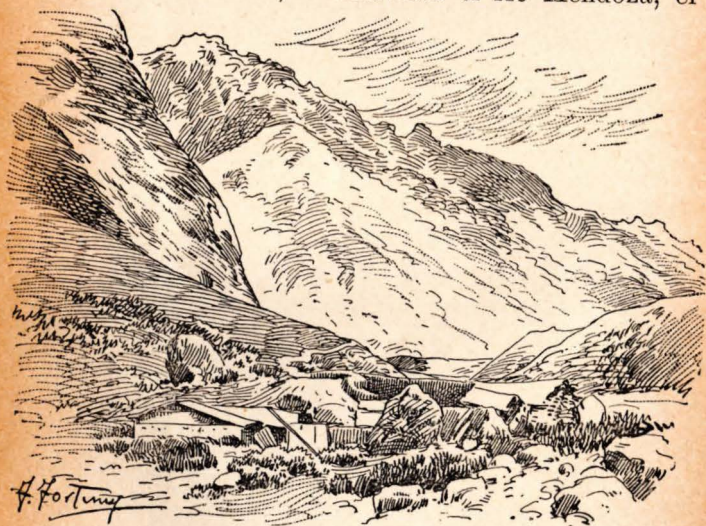
LECCIÓN XXXVII

Valle de Uspallata

El valle de Uspallata, digno de ser recordado en nuestra historia, por haber presenciado el paso del ejército libertador de Chile, se encuentra situado en la cordillera de los Andes, á algunas leguas de Mendoza.

Consiste en una extensa faja de tierra encerrada entre altas montañas que la rodean completamente.

Por el extremo sur, lo atraviesa el río Mendoza, el



cual baja de las altas cumbres formado por varios afluentes, entre los cuales son los principales el Blanco, el de las Cuevas y el Horcones, para ir á desembocar cerca de la ciudad que lleva el mismo nombre.

El ferrocarril Trasandino, que sale de Mendoza y llega hasta el centro de la cordillera en el paraje denominado Punta de Vacas, pasa también por el extremo sur del valle.

A los viajeros se les presenta una bella perspectiva cuando se encuentran en Uspallata.

Después que salen de Mendoza y que caminan largas horas, por angostos caminos, encajonados entre las elevadas paredes de las montañas, se encuentran de repente ante la despejada campiña del valle, donde por fin se toma aliento, pudiendo respirar con toda libertad; y sin querer, la mente se remonta á la época de nuestra independencia y recuerda que aquellas elevadas montañas han sido testigos del paso de las heroicas legiones de San Martín; y allí, solo allí, ante el callado valle y aquellos colosos de piedra, se puede comprender toda la grandeza de la empresa realizada por el gran capitán, todo el temple de su espíritu y la energía de su voluntad.

Aníbal y Napoleón, pasando los Alpes, no se aventajan en gloria á San Martín pasando los Andes.

Los excursionistas en el ferrocarril Trasandino, cuando llegan á la estación Uspallata, situada en la parte sur del valle y á la orilla del río Mendoza, pueden apreciar la imponencia del valle, poblado de vegetación en verano y blanqueando por la nieve en invierno, á la derecha algunos álamos y unas poblaciones que son las antiguas posadas, que sirven de punto de reunión para los viajeros en mulas, los cuales, recostados en sus pacientes cabalgaduras recorren largas distancias por peligrosos caminos y con pesadas cargas.

Tal es Uspallata, uno de los más espléndidos valles que ofrece la cordillera.

LECCIÓN XXXVIII

Cuestión doméstica

Ella se llama Esmeralda y él Tony; siempre han vivido juntitos; siendo pequeños, los meció cariñosamente en una cuna de mimbres y envueltos en abrigada colcha, la misma mano, una manita pequeña, regordeta, de uñas rosadas.

Compartían amistosamente el afecto de la graciosa niña, que se impuso la tarea de criarlos buenos y amables, formales: un carácter tan dulce y bondadoso, como el de ella.

En pocos meses, el cuerpo de Esmeralda perdió sus angulosas formas, reduciéndose, tomando proporciones regulares.

Manejaba bien sus vivaces ojos de mirada picaresca, y su continente siempre airoso hacía despertar por ella una viva simpatía, la pícara lo sabía y cuando la engalanaban con un elegante moño, después de bien limpia y perfumada, dábase los aires de una verdadera coquetuela, sentándose á manera de señorita en las butacas y pequeñas sillas de las niñas de la casa, incitando á que la hiciesen cariños.

Y él, Tony, ¡cómo creció pronto! ¡qué diablillo con sus ojos negros!

Tiene un porte atrevido, dase humos de matón irguiendo su robusto cuello; á veces frunce el entrecejo tomando un aspecto amenazador y fiero.

Ambos pasan sus días jugando en el jardín ó en las habitaciones, y cuando consiguen introducirse en la sala, ¡qué alegría! Es de ver cómo saltan y corren pasándose de un mueble á otro, deshaciendo los flecos, arrancando las borlas, y enredándose en las cortinas, hasta que cansados, rendidos por la fatiga, se echan sobre algún blando almohadón, donde duermen, uno en brazos de otro, como cuando los mecían en la pequeña cuna de mimbres, arrullados por infantil cantilena.

La niña á cuyo cargo estaban Esmeralda y Tony, prodigábalos muchos cuidados y ellos eran sus compañeros durante la mayor parte del día.

Cuando se hacía sentir el frío, encerrábalos con ella en su alcoba y mientras hacía sus deberes ó cosía, ellos jugaban como locuelos, para detenerse con toda seriedad delante del espejo, como si examinaran su imagen.

Otras veces uno subía á las faldas de la niña, el otro quería imitarlo; entonces entablábase una lucha juguetona que terminaba durmiéndose los dos: él envuelto entre tibias pieles y ella entre blandas colchas de ligero plumón.

¿Porqué la dicha es siempre tan pasajera?

¡Oh inestabilidad de las humanas obras!

A veces hasta el cariño, hasta la más estrecha amistad, suele romperse, al solo despertar de un contrario sentimiento, al solo nacer de un insignificante capricho.

¡Y qué herida dolorosa dejan los desengaños cuando se reciben en el momento mismo en que se cree conseguirlo anhelado!

Juventud, templa tu espíritu, y no te arredre el duro batallar de la vida; es el mundo inmenso taller donde todos tenemos señalado nuestro puesto. El vivir se reduce á prestar nuestro pequeño concurso en esa gran fábrica.

La protectora de Esmeralda y Tony, creía haber despertado en ella sentimientos tales de fraternidad, que ningún motivo alcanzaría á romper; complacíase en mirar su obra, extasiándose en la contemplación de los dos pequeños seres; él con sus negros y húmedos ojos su abundante pelo sedoso, fino y reluciente, y su eterno buen humor; y ella siempre delicada, coquetuela, de finos pies, cuerpo ligero, flexible, y andar de señorita mimada.

Un día, á causa de urgentes quehaceres, no pudo servirles, como era de costumbre, su ración á cada uno.

Una persona de servicio les dió de comer en el mismo plato, y hete aquí que Tony, de muy mal talante, quitóle un bocado á Esmeralda; á ésta no le agradó la broma, y se lo dió á entender á su manera; á él disgustóle el cumplimiento y comenzó á mostrar los dientes á la nerviosa Esmeralda, que á tal provocación no resistió más y dióle un feroz rasguño en la nariz.

Tony, dolorido, arrojóse sobre ella, quien arqueando su cuerpo, con el pelo de punta, defendíase valerosamente, hasta que volvió á herir á su amigo en un ojo; entonces éste, ciego por la ira, la habría devorado, si ella no hubiera optado por huir, echando por tierra varias macetas donde la señora tenía plantas de mérito.

Ella, jadeante, en desorden horrible, fué á parar á un tejado.

Él, contrito, sanguinolento y sucio, con tono gruñón, escondióse en un ángulo del patio.

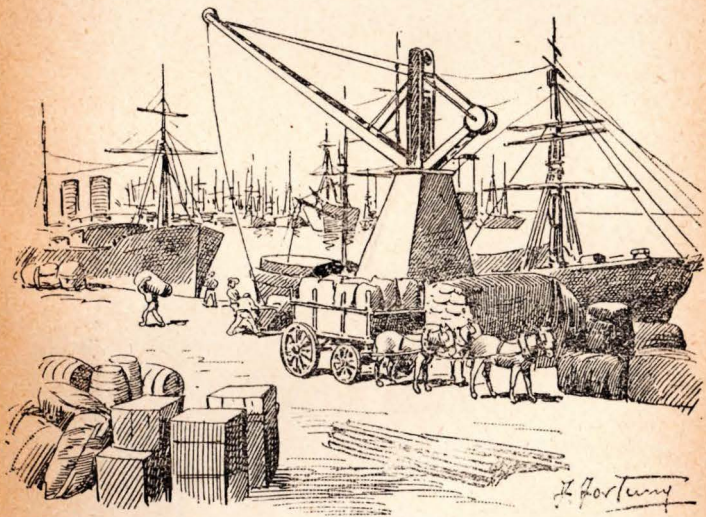
Cuando la niña le contaba acongojada á su mamá la cuestión doméstica, díjole ésta:

—No te aflijas, hija mía; en este mundo pocas son las cosas duraderas; por otra parte, tú siempre debiste suponer que los animales nunca dejan de ser tales ni pierden sus instintos, por eso, y á pesar de tu empeño de hacer vivir en amistad á dos grandes enemigos, Esmeralda será siempre una gatita y Tony un perrito.

LECCIÓN XXXIX

El comercio

Sin duda el hombre primitivo no debió de haber sido muy comerciante, pues apenas si le bastaba para sus propias necesidades lo que podía arrancar á la Naturaleza de una manera violenta, con los toscos instrumentos que se vió precisado á inventar.



Cada uno pensaba para sí; el egoísmo del animal que come y se procura su bienestar sin cuidarse de los demás: tales eran los hombres de los primeros tiempos.

Sus primeras habitaciones fueron grutas y cavernas; bastas pieles sus vestidos; el producto de la caza y de la pesca, hechos con rudimentarios aparatos, sus alimentos.

Pronto sintieron la necesidad de asociarse, formando tribus, pudiendo de este modo vencer muchas dificultades insuperables para el hombre aislado.

En la vida de la tribu comenzó la división del trabajo y el cambio de productos naturales y objetos de uso diario: una piel por algunas flechas, algunas plumas por algunos granos.

Luego, mejorándose la condición social, llegaron á la altura de pueblos por medio de la educación; sintieron la necesidad de cambiar sus productos entre sí, proporcionándose así, recíprocamente, lo que no podían cultivar, dada la naturaleza del suelo y el del clima.

De aquí nació el intercambio de productos de tribu á tribu, de pueblo á pueblo, de continente á continente.

Para facilitar las transacciones, se inventó la moneda, que comenzó por ser trozos de metal informe, con valores convencionales.

La navegación ha sido uno de los principales medios que ha contribuido al desarrollo del comercio.

La historia recuerda á los Fenicios que poblaron con sus colonias las orillas del Mediterráneo, cruzándolo con sus naves en todo sentido.

Luego los cuentos semifabulosos de los viajes de Marco Polo á las Indias. Desde entonces á hoy ¡cuánta diferencia!

Se han estrechado las relaciones entre las distintas regiones del globo; todos trabajan, especializándose según las particularidades de los productos.

El comercio ha venido á constituir el lazo más poderoso para ligar á las naciones entre sí.

Ya no se trata de la oscura caverna, ni de la tosca red, ni de la rudimentaria canoa: hoy es necesario, para satisfacer las necesidades de una población, trenes interminables, fábricas ruidosas, buques, grandes palacios para aduanas y depósitos, máquinas, brazos laboriosos, poblados puertos, bultos, ruedas, vapor y una serie interminable de inventos que simplifican la tarea del trabajo.

Tal se manifiesta el comercio, signo seguro del progreso.

LECCIÓN XL

Nicolás Rodríguez Peña

El día 6 de Abril de 1894, tuvo lugar en Buenos Aires la tocante ceremonia de la reimpatriación de los restos de uno de los prohombres de la independencia sudamericana: el señor Nicolás Rodríguez Peña.

Hijo de don Alonso Rodríguez de la Peña, nació allá por el año 1775, es decir, en plena dominación española.

El padre fué durante muchos años, comandante general de la frontera del Norte de San Juan, y fundó una colonia militar y un fuerte en lo que es hoy Valle Fértil.

Su hijo Nicolás, llevado á Buenos Aires años antes de la revolución de Mayo, fué uno de los más entusiastas propagandistas de la independencia. En su quinta de las proximidades de Buenos Aires se reunían los patriotas de entonces y preparaban la revolución.

En los días de Mayo, desplegó toda su energía, comunicando su decidor espíritu á los miembros de la junta. Poco tiempo después, cuando el ejército que se había dirigido al Norte, tomó prisioneros á los españoles que resistían á la revolución, en Córdoba, la junta envió á Castelli y á Rodríguez Peña para que ejecutaran la orden de fusilamiento á los prisioneros, entre los cuales se encontraba Liniers.

Rodríguez Peña desplegó su férrea energía y las primeras descargas de las armas patrias iniciaron el reguero de sangre en la Cabeza del Tigre, reguero que terminó con la entrada de San Martín en Lima.

Cuando San Martín preparaba su expedición al Perú, encontró en Rodríguez Peña un ferviente y entusiasta auxiliar, pues gran parte de su fortuna fué destinada á costear los gastos que demandaba la atrevida expedición que se proyectaba.

El ciudadano que así se conducía con su patria, tuvo que sufrir un largo destierro; pobre, lejos de su familia y comiendo el amargo pan de la proscripción, le sorprendió la muerte en Chile, en el año 1853, á la edad de setenta y siete años.

En los funerales estaban presentes los guerreros de la independencia general Las Heras y coronel Plaza; el señor Faustino Sarmiento, que también estaba desterrado, pronunció un sentido discurso, sintetizando las virtudes de Rodríguez Peña, en estas palabras:

«La revolución del 25 de Mayo de 1810 se fecundó en su corazón; los primeros medios de ejecución, prodígalos su fortuna derramada á manos llenas para cegar los obstáculos.

«Su bufete fué el centro de todos los hilos de aquella sublime trama de que estaban pendientes los futuros destinos de la América; y la tradición recuerda que cerca del brocal de un pozo, que había en su casa, Peña, Castelli, Vieytes y Moreno, tuvieron la última y decisiva conferencia de donde salió la revolución á la calle, al Cabildo, al ejército, á las provincias, á Chile y á la América entera.»

.....

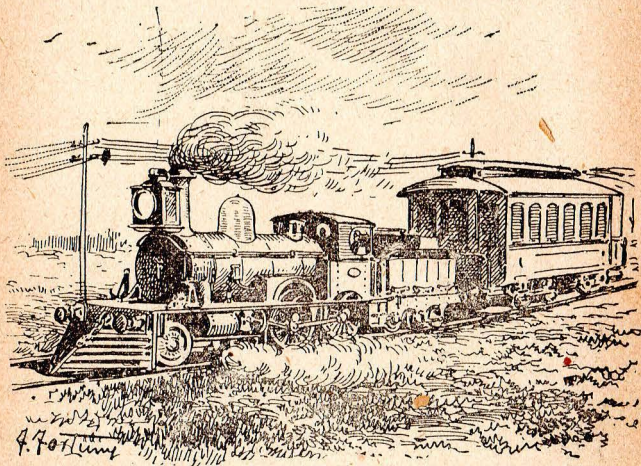
Los ciudadanos argentinos han realizado un acto de alto patriotismo al recoger las reliquias queridas que las vicisitudes políticas han diseminado.

La tumba de Rodríguez Peña no debía estar en Chile, como tampoco la de San Martín en Francia; al suelo patrio es á quien corresponde cobijar al buen ciudadano, guardando en su seno eternamente los venerados restos, del mismo modo que los niños deben guardar bien grabados en su mente, el recuerdo de las virtudes que los adornaban y avivar en sus corazones el amor patrio, móvil de elevadas y magnánimas acciones.

LECCIÓN XLI

Ferrocarriles

¿Quién de Vds. que haya podido arrellenarse en un muelle asiento de un coche de primera, al emprender una corta jira, no ha sentido una satisfacción íntima que le retoza por todo el cuerpo, al arrancar el tren después del toque de la campana dado por el jefe de la estación y del vigoroso silbato de la locomotora?



¡Oh, sí! lo habéis experimentado, y olvidándoos de vosotros mismos, habéis pegado ambas manos y aplastado las narices contra los vidrios de las ventanillas para mirar el continuo desfile, interesante y variado,

que se va ofreciendo á los ojos, mientras éstos se agrandan pretendiendo ver mejor las casas que huyen con más celeridad cuanto más pronto la locomotora voltea sus ruedas, devorando atrevida el espacio.

Los postes del telégrafo, que se suceden unos á otros, los cambios, las casetas de los guarda-vías y otros mil objetos, se ofrecen en interminable hilera, aguardando rígidos en sus puestos, sin conmoverse, al paso rápido del tren que los envuelve en el torbellino de aire cargado de tierra y humo que le sigue.

Llega... y pasa, sin dejar tras de sí más que un estremecimiento que pronto se desvanece y sigue incansable, adormeciendo con el monótono rodar, á los viajeros, hasta que la locomotora, lanzando al aire un hilo de blanco vapor, avisa con la estridente voz de su silbato, la llegada á la próxima estación, donde entra majestuosamente, sacudiendo la negra cabellera de humo que suelta por la chimenea, respirando agitada á grandes bocanadas, por los costados; y haciendo trepidar la férrea armazón de su cuerpo, se detiene, destilando un chorro de agua por una de las tantas venas de su organismo.

Así recorremos en pocas horas considerables distancias, dicha que no alcanzaron nuestros antepasados que, montados en paciente mula ó instalados en pesadas carretas, veían sucederse los días, pasar penurias, antes de llegar al término de un viaje, que hoy se hace cómodamente en ocho ó diez horas de tren.

Jacobo Wat, con el descubrimiento de la fuerza expansiva del vapor, y Steffenson, aplicándola á la locomotora y Fulton á la navegación, han dado el signo característico del siglo: el siglo del vapor.

Los trenes, deslizándose ligeros sobre las paralelas que le sirven de camino, llevan la vida por las comarcas donde cruzan.

Salen de los grandes centros repartiendo viajeros y mercaderías, desparramando personas, bultos y correspondencia, con esmerada solicitud.

Cuando llega á los extremos de la línea, vuelve otra vez con hombres, bultos y correspondencia, siendo de esta manera el lazo más poderoso que liga á los pueblos, de quienes fomenta el adelanto; y es el factor principal de ese continuo intercambio de productos, el alma de la riqueza de los países: el comercio.

La ciudad de Buenos Aires es la cabeza del sistema de ferrocarriles de la República.

Cuenta tres grandes estaciones de donde arrancan las vías que, bifurcándose muchas veces, llegan hasta el seno de la Pampa por el sur, á Jujuy por el norte, hasta las capitales de las provincias andinas por el oeste.

La ciudad de Buenos Aires tiene tres grandes estaciones, la Central al este, dando frente al Río de la Plata: de allí salen los trenes de las líneas Buenos Aires y Puerto de la Ensenada, con un ramal hasta La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires. Salen, además, el ferrocarril Buenos Aires y Rosario, Buenos Aires al Pacífico y las líneas que unen los pueblos del litoral.

La estación Once de Septiembre, gran depósito de frutos del país, situada al oeste de la ciudad, tiene el servicio de los trenes que salen con ese rumbo y son: el Central Argentino y Ferrocarril del Oeste.

La estación Constitución, situada en la parte sur de la ciudad, da salidas á las líneas cuyos extremos son: La Plata, Magdalena, Saladillo, Mar del Plata, Tandil, Necochea y Bahía Blanca, siguiendo hasta el seno de la Pampa, para llegar al floreciente territorio del Neuquén.

Todas ellas, con edificios de imponente fachada, tienen en su interior las dependencias de una gran estación á la altura de las europeas. Forman verdaderas colonias de gente laboriosa, que se mueve incansablemente con la exactitud del cronómetro que regula su tarea.

En aquellas estaciones todo está previsto y dispuesto: las grandes plataformas, las elevadas y espaciosas galerías con techos de vidrio, innumerables oficinas, amplios depósitos, buenos talleres, interminables rosarios de vagones que entran y salen continuamente de día y de noche.

Todo esto, animado por la población estable de las oficinas y la volante que guía la locomotora y conduce los convoyes por aquel laberinto de paralelas de acerado reflejo.

La provincia de Santa Fe, así como la de Entre Ríos, tienen sus pequeños sistemas que satisfacen las necesidades de sus numerosas colonias agrícolas.

La República Argentina, ocupa un lugar distinguido á este respecto, pues el ferrocarril es el símbolo del comercio, el progreso y la cultura, y ella sola tiene mas kilómetros de vía férrea, que los demás estados sudamericanos juntos.

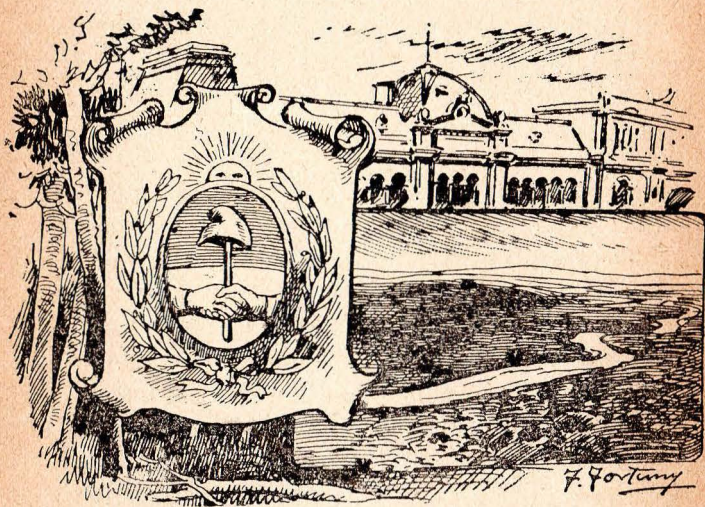
LECCIÓN XLII

La patria argentina

La patria argentina es grande, bella y poderosa.

Se extiende desde la región tropical de la América del Sur hasta los hielos boreales, y desde las aguas del Atlántico hasta la elevada cordillera de los Andes.

Su extenso suelo ofrece todas las variedades del clima, así como los variados aspectos del terreno.



Tiene regiones montañosas en que los riscos y quebradas son un peligro para el viajero.

Tiene poblados bosques donde crecen frondosos árboles de gruesos troncos, de sabrosas frutas y de ricas maderas; posee llanuras inmensas, verdaderas sábanas

de verdura; ríos caudalosos la cruzan en todos sentidos, sembrando vida y lozanía al paso de sus aguas.

Tiene hermosas lagunas, vistosas sierras, grandes salinas, escarpadas rocas y abundantes hielos al sur.

Ostentan sus tierras productos preciosos y pueblan sus campos numerosos ganados.

La civilización, con su ruidoso cortejo de máquinas, avanza por todos sus extremos, llevando la fiebre del trabajo, el anhelo del progreso diario, estimulando á grandes y pequeños, á ricos y pobres.

Los puertos de sus costas, son las puertas por donde nos llegan las obras extranjeras, por donde nos hacen conocer sus adelantos haciéndonos comprender que es nuestro deber imitarlos.

Tiene montes repletos de riquezas que sólo esperan la labor del hombre para salir á luz, correr por el mundo, llevando á unos dicha y á otros pesares.

Tiene inmensos jardines impregnados de azahares, como Tucumán, selvas como las del Chaco, lagos cristalinos como los de Patagonia, montañas que convidan como las de Córdoba y Salta, colonias populosas como las de Santa Fe, modelo de ciudades como La Plata, centros de movimiento y de vida comercial como la de Buenos Aires y Rosario.

La patria es nuestro amado anhelo, su nombre es el nuestro, sus glorias nuestro patrimonio.

He ahí su escudo: ése es el de la familia argentina, en él se simbolizan la gloria, la paz, la libertad, la unión y la fraternidad, todo destacándose sobre un fondo blanco y azul, como lo es nuestra bandera.

Mal hijo el que no respeta y ama á su madre.

Mal ciudadano el que no respeta y ama á su patria.

LECCIÓN XLIII

La huérfana

Lolita era una niña correntina que se educó en una escuela práctica donde había aprendido á coser, bordar lavar, planchar, cocinar, cuidar su huerta y jardín, y llevar la cuenta del gasto de una familia con toda exactitud.

Durante su infancia, la buena niña había vivido la vida de labor feliz, en que el niño, en medio de sus placeres infantiles, juega, estudia, crea y produce.

Su mano había sido educada con habilidad, su inteligencia cultivada con esmero; y sus hábitos, adquiridos en la fuente más pura del trabajo digno, donde el ser humano se centuplica en el orden múltiple de sus facultades para aproximarse cada vez más al Creador.

Unase á todas estas dotes que tenía que agradecer á sus maestros, lo que física y moralmente poseía la niña.

Lolita era bella, con esa belleza franca que brilla en la faz de los que poseen corazones nobles, que siéntense felices en el trabajo.

Su cara plácida, sugesto alegre, su mirada viva y centelleante, sus abundantes y negros cabellos, formaban un conjunto armónico, en aquel ovalado y simpático rostro.

Lolita tenía ya quince años, cuando dejó de ir á la escuela, comenzando para ella, desde entonces, la tarea

de madre de familia. Una gran desgracia había ocurrido en su hogar: la autora de sus días había fallecido, y sus seis hermanitos menores reclamaban su cuidado.

El padre de Lola estaba consternado; la muerte de su compañera era para él irreparable pérdida; como si esto no bastase, la orfandad de sus hijos, el abandono que reinaría en su hogar le desesperaba, tan sólo en pensarlo.

Lola estaba triste; por primera vez en su vida se vió melancólico su semblante.

Contra todo lo que pensaba el padre, el orden, la paz y la comodidad, continuaban reinando en su hogar.

Observó cuál era la causa que influía para ello, y vió que su hija, apenas salía el sol, ya estaba levantada y que por sí misma procedía al aseo y cuidado de sus hermanitos y á la preparación del desayuno.

Concluído el arreglo de la casa se sentaba á la máquina y cosía la ropita de sus hermanos.

Por único ayudante tenía una chinita de su edad, que se había criado en la casa, y á la cual enseñaba á cocinar.

Constantemente se le veía ir y venir, intervenir en todo, y no por eso dejaba de trabajar en su interrumpida costura.

El papá de Lola, pensando que ésta era demasiada tarea para su hija, quiso buscar una mujer para que se encargase del manejo de la casa. Lolita se opuso; ella era suficiente para todos los quehaceres y se comprometía á llenar las necesidades de la familia como la mejor ama de casa.

Así lo cumplió durante tres años seguidos, época en que se casó con un joven tan lleno de méritos como ella misma.

Ahora tiene otras hermanitas que la ayudan en la tarea casera, que serán tan buenas amas de casa como la meritoria joven cuyo ejemplo es digno de imitar.

LECCION XLIV

9 de Julio

Todos los años, algunos días antes del 9 de Julio, se notan novedades en nuestras escuelas, se ensayan cantos, poesías y discursos, hasta que, llegado el anhelado día, todos procuran vestir de gala.

Se embanderan los edificios, se oyen disparos de bombas, alegres músicas; se ven las niñas correr atareadas, ostentando en el pecho una escarapela ó una cinta con los colores de la bandera nacional.

En todos los rostros se nota el contento, todo respira alegría, invita al regocijo.

¿Quién de ustedes, queridos lectores, se ha detenido un momento en medio del infantil entusiasmo para preguntarse: Y para qué hacemos nosotros esta fiesta? ¿Por qué interrumpimos nuestras tareas escolares, para dedicar todo un día á discursos patrióticos, á cantos entusiastas, á declamar poesías á la bandera, á la patria, al sol de Mayo, á San Martín y á Belgrano?

¿Qué significa el 9 de Julio?

Os conozco demasiado: más os ha preocupado la manera cómo debíais llevar la bandera, ó cómo hacer un gesto ó un ademán más expresivo al declamar, esto en cuanto á ellos, que lo que son ellas, bastante tarea han tenido para ensortijar los blondos cabellos ó en acomodarse el gorro de la libertad de esta ú otra manera.

Y aunque os lo hubiérais preguntado, seguramente que no todos estaréis en condiciones de daros una respuesta satisfactoria; pero yo quiero adelantarme á vuestros deseos, y he aquí en pocas palabras, lo que significa la fiesta cívica del 9 de Julio.

El extenso territorio que forma hoy la República Argentina fué conquistado y poblado por los españoles, quienes lo gobernaron como colonia hasta el 25 de Mayo de 1810, fecha en que los hombres más instruídos entre los habitantes de aquella época, creyeron que ya podrían gobernarse por sí mismos y se levantaron contra las autoridades españolas, haciendo esfuerzos para expulsarlos del país.

Los españoles se resistían, no querían dejar estas extensas comarcas de donde sacaban considerables riquezas, y entonces trabóse una encarnizada lucha que duró hasta el año 1824, en que San Martín alcanzó con sus tropas victoriosas hasta Guayaquil, donde con Bolívar dieron por terminada la guerra de la independencia sudamericana.

Los patriotas argentinos que comenzaron la gigante lucha en 1810, recién después de seis años de continuas zozobras, de continuas peleas, donde la victoria les era ya favorable, ó ya adversa, consiguieron reunir el 9 de Julio de 1816, en la muy benemérita y patriótica ciudad de San Miguel del Tucumán, y en la casa que ocupa hoy la Administración de Correos, un Congreso compuesto de diputados que representaban las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Dicho Congreso declaró solemnemente, el citado día, la independencia de la que es hoy República Argentina, y es en conmemoración de un acto tan grande y trans-

cidental que festejamos todos los años esa fecha, que todo ciudadano debe recordar, y procurar imitar el patriotismo de aquellos hombres, que con perseverantes esfuerzos consiguieron dejarnos por herencia una nación grande y poderosa; de manera que podemos decir que desde el 9 de Julio de 1816

«Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación».

LECCIÓN XLV

La greda

El suelo ó la tierra, vulgarmente dicho, está formada de distintos elementos, los cuales, además de las ventajas que ofrecen para alimentar las plantas, el hombre ha sabido aplicarlos á distintos usos, ya de las artes ó de las industrias.

Uno de los elementos que forman los terrenos es la greda ó arcilla, cuyas propiedades son: suave al tacto, ligera, quebradiza, insonora, secante, colora, olorosa, etcétera.

Un terreno completamente arcilloso es infecundo, porque las plantas mueren de sed en verano debido á que esta tierra se seca y endurece por el calor y en invierno el agua se queda en la superficie porque el terreno es un tanto impermeable.

Generalmente los desiertos están formados por esta clase de terrenos.

El hombre ha encontrado la manera de mejorar estas tierras agregándole arena y cal, y revolviendo el terreno con frecuencia lo hacen fecundo y producen excelentes pastos.

La industria nos ofrece un jabón, llamado *jabón de soldado*, ó piedra de limpiar, que no es más que una especie de arcilla mezclada con cal y magnesia y sirve para sacar las manchas grasosas. Dicho jabón es de color gris con vetas oscuras.

Los fabricantes de paño usan lo que se conoce con el nombre de *tierra de batán*,—que no es más que otra especie de arcilla—para quitar á las telas de paño, el aceite de que están impregnadas cuando salen de las máquinas.

Los polvos que usan los albañiles para pintar los edificios no son más que arcillas que aprovechando de su propiedad absorbente se las ha tenido sumergiéndolas en tinturas de diversos colores.

Cuando las arcillas son buenas se las usan para pintar al óleo y á la aguada.

El *ocre* amarillo no es más que la greda. Su color amarillo se le cambia fácilmente en rojo por medio de la calcinación y debido á una pequeña cantidad de hierro que esta tierra posee.

Así, cuando veáis en vuestros estuches de lápices de colores la palabra *ocre*, sabréis que la mina de esos lápices que usáis está echa de pasta de arcilla.

De Italia—en Siena—se extrae el ocre amarillo oscuro, conocido con el nombre de tierra de Siena, con la que se hacen las pinturas que traen las cajas de colores para iluminar dibujos. Este ocre calcinado no se vuelve rojo sino de un color moreno oscuro.

No sólo esta utilidad saca el hombre de la greda: él ha sabido aprovechar bien las distintas clases que de ella se conocen.

Con la greda rojiza fabrica toda clase de utensilios, con la greda blanca se hacen hermosas pipas y lozas—á esta arcilla se le ha llamado tierra de pipa—y por último, la conocida con el nombre de caolín, que es la más fina de todas y se emplea para fabricar porcelana, para modelar estatuas y fabricar objetos de lujo.

La más ordinaria de todas es la que se emplea para hacer ladrillos.

He ahí todos los provechos que saca el hombre de la Naturaleza, por medio del estudio, industria y laboriosidad.

LECCIÓN XLVI

El perro

Las principales especies de perros son: los mastines, los perros de lana, los dogos, alanos ó perros de presa, los busquillos ó gozquejos.

Entre los mastines, se cuenta el perro de pastor, muy útil al hombre por su docilidad, paciencia é inteligencia para guardar los ganados que pueblan las extensas praderas.

Como curioso por la tarea difícil y humanitaria que desempeñan, se citan de la misma raza de los mastines, los perros del monte de San Bernardo, perros que han sido enseñados por los monjes de un convento situado en la cordillera de los Alpes, para guiar á los viajeros extraviados, hasta la vivienda de ellos, donde son protegidos contra los hielos y temporales de aquellas elevadas regiones.

Muchos otros perros se citan de esta especie, todos útiles; por cierto, entre ellos están los que usan los esquimales para tirar de sus trineos.

Todos los mastines se distinguen por su tamaño grande, hocico largo y orejas cortas.

Los perros de lana se llaman así por la clase de pelo que les cubre el cuerpo y que se asemejan mucho á la lana de las ovejas. Son animales de menor tamaño que los mastines, de orejas largas, anchas y caídas.

Se cuenta entre ellos el perro-lobo cuyo cuerpo se asemeja mucho al del animal de este nombre. Es un guardián excelente.

El perro de Terranova, que es muy nadador y cuyo tarea caritativa le asemeja al del monte San Bernardo, con la diferencia del lugar en que la desempeña. Los terranovas tienen los dedos palmeados, lo que les facilita para nadar, sacando del agua á las personas que corren el riesgo de ahogarse. A esta misma raza pertenece el perro francés, blanco y castaño, de pelaje argo y sedoso, que se utiliza para cazar en llanuras y lagunas.

También se usan para caza los perros de *muestra* y el *brac*, pero sólo cazan en el llano y no entran al agua á buscar la presa.

En la raza que comprende los perros dogos, alanos ó perros de presa, se citan el gran dogo y el bull-doc, animales robustos, de carácter feroz; la cabeza la tienen redonda, el hocico corto y chato, las orejas pequeñas; los ingleses son muy apasionados de esta raza; más de una vez habréis visto por la calle á una excéntrica miss, llevando de una cadenita á su pequeño bull-doc.

Se citan algunos cazadores en esta raza, y el feo, pero útil ratonero.

Los gozquejos ó busquillos se distinguen por su pequeño cuerpo, su frente saliente, hocico corto y puntiagudo.

Son animalitos muy molestos, de carácter agrio, siempre están listos para ladrar y correr tras de los transeúntes; son por naturaleza callejeros y amigos de correrías con los perros de la vecindad.

El perro turco pertenece á esta raza, y se distingue de los otros, en que su piel está casi desprovista de pelos; vulgarmente se le llama pelado. La piel varía de color, generalmente es negra, ó de color de carne con manchas pardas; son muy friolentos y amigos de la comodidad.

Muchos los visten con mantas abrigadas durante el invierno, que se lo pasan tiritando. Cristóbal Colón fué el primero que llevó un casal de muestra á Europa, donde no se conocía esta clase de perros, pues son originarios de América.

Hay muchos otros perros de distintos tamaños y formas que no se han clasificado en razas porque ellos son hijos del cruzamiento de distintas razas. A éstos se les conoce con el nombre de perros villanos ó perros de calle, donde se pasan la vida estorbando á los transeúntes.

El perro, como los demás animales, vivía en la Naturaleza en estado salvaje; no hay nada escrito acerca de la manera cómo el hombre lo domesticó, pero fácil es presumirlo.

Los perros se alimentaban de las presas que cazaban; el hombre primitivo también; este último, como más inteligente, fustigaba al perro á seguir una presa. Una vez que el perro lo conseguía y le daba muerte, el hombre ahuyentaba al perro por medio de ruidos ó atropellándole y castigándole, quedándose así dueño de la cacería.

El hombre destrozaba la presa, se guardaba para sí las partes mejores, pero tenía buen cuidado de dejar cerca de su vivienda algunos despojos, en la seguridad de que el perro volvería en busca de su presa.

Tantas veces se habrá repetido esta operación, hasta que el perro dócilmente se ha prestado á ello, trayendo la presa humildemente á los pies de su amo y esperando su modesta ración de despojos. De manera que por una parte la inteligencia de uno y por otra la conveniencia de ambos, ha dado por resultado una domesticidad tan simpática como útil.

LECCIÓN XLVII

Casa de gobierno

La Constitución de la República Argentina dispone que el Poder Ejecutivo de la Nación, será desempeñado por un ciudadano con el título de Presidente de la Nación Argentina, y que durará en su empleo el término de seis años, no pudiendo ser reelegido sino con el intervalo de un período.

Para ser elegido presidente, es necesario haber nacido en territorio argentino ó ser hijo de ciudadano nativo, si es que el elegido para presidente, nació en país extranjero.

Además, debe tener treinta años de edad, debe disfrutar de una renta anual de dos mil pesos fuertes y pertenecer á la comunidad católica romana.

Cuando el ciudadano elegido para presidente, se recibe del mando, jura ante el presidente del senado, diciendo: «Juro por Dios, nuestro Señor, y los Santos Evangelios, desempeñar con lealtad y patriotismo mi cargo y observar y hacer observar fielmente la Constitución; si así no lo hiciere, Dios y la patria me lo manden».

Las principales atribuciones del presidente, son: ser jefe supremo de la Nación y tener á su cargo la administración general del país; participar en la formación de las leyes; nombrar los magistrados para el poder

judicial; indultar y conmutar penas; conceder jubilaciones, retiros y licencias; nombrar y remover los ministros plenipotenciarios; concluir y firmar tratados de paz, de comercio, navegación, alianza y de límites con otras naciones; es comandante en jefe de las fuerzas de mar y tierra; declara la guerra con otros países, fija el estado de sitio y concede patentes de corso, etcétera.

Lo acompañan en sus funciones sus ministros, quienes deben legalizar, con su firma, la del presidente, puesta al pie de las resoluciones, para que éstas tengan valor legal.

Los ministros son, siete, á saber: del interior, de relaciones exteriores, de justicia, de instrucción pública, de hacienda, de guerra y de marina.

El Poder Ejecutivo tiene instaladas sus oficinas en la casa de gobierno, en la capital federal, situada entre las calles Colón, Balcarce, Rivadavia y Victoria.

Es un edificio imponente, de moderna construcción que se ha terminado hace poco.

Se levanta allí donde estuvo el fuerte que recuerda la época colonial y que dominó la ribera de Buenos Aires desde el tiempo de los virreyes hasta Rosas.

Era una pesada y negruzca mole, situada junto al río, rodeada por ancho foso, refugio de los desocupados de entonces, y con su rastrillo y pesado puente.

Sus sombrías paredes fueron mudos testigos de muchos de los más resaltantes hechos de nuestra historia patria.

Allí los ingleses firmaron su capitulación en 1807, que fué hermoso galardón para los criollos.

Allí los ciudadanos de Mayo exigieron enérgicamente la renuncia al virrey Cisneros, y fué allí entre sus

muros donde los buenos argentinos templaron sus áni-
mos para la lucha en los días tristes para la patria.

Poco á poco el fuerte fué perdiendo su antigua es-
trutura para convertirse en la Casa Rosada, como se
le llamaba á causa del color de sus paredes.

¡Cuántos horrores se cometieron en ella en tiempo de
la tiranía de Rosas, y cuánta sangre manchó la plazo-
leta del antiguo fuerte!

Todo ha desaparecido envuelto en los años. Sobre
esas ruinas se levanta hoy la casa de gobierno, grande
edificio de elegante estructura y muestra elocuente de
la cultura y civilización del país.

A mi bandera

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido
Que en pos de tí me arrastras,
¿Bajo qué cielo flameará tu paño,
Que no te siga sin cesar mi planta?
Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú, como el Ángel de la inmensa muerte,
¡Te agitas y nos llamas!
Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto,
A levantarte un trono en su muralla.
¡Ah! que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siem re la mirada,
Si un día triste te vieran mis ojos
Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria.

JUAN CHASSAING

A Rosas

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron
Y sangre, sangre á ríos se derramó do quier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron,
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra, la puñalada va?

¿Qué fiera, en sus entrañas, alimentó tu vida,
Nutriéndote en las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿qué fuente maldecida,
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué ser velado tienes, que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es, de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella, la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo, dentro tu férreo pecho,
Para evocar visiones, que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces, tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
Cuando revienta el trueno, bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda MALDICIÓN.

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota, que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres, nada dijo la voz del Sinaí.

■ El bueno de los buenos, desde su trono ^{santo},
La renegada frente, maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir, como Él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas,
La hiel de la ~~venganza~~ mis horas agitó;
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero, como argentino, las de mi patria, no.

Por tí, esa Buenos Aires, que alzaba y oprimía
Sobre su espada un mundo, bajo su pie un león,
Hoy, débil y postrada, no puede, en su agonía,
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí, esa Buenos Aires, más crímenes ha visto,
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres hartos, para ofender á Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí, sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña, que nos ofrece un techo,
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!

JOSÉ MÁRMOL

A Cristóbal Colón

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús, le dió otra esencia;
Y el genio de Colón, otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminado el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Angel, genio, mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria;
Que ni ves en su suelo, levantado
Un pobre monumento á tu memoria.

¡ Oh! Bendita la pila de tu frente
Se mojara en el agua del bautismo!
Y el ala de tu génio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio, mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierna beidad, que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del Océano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A tu grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno Tiempo el solo dueño

De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios, al derramar fulgentes
Los mundos tolos en la obscura nada,
Al MÁS ALLÁ de las futuras gentes,
Diste sin fin, tu América soñada.

En cada siglo, que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol, su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla
Que sacaste del fondo de un Oceano,
Al través de los siglos, puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Qué á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa, quebrará la frente,
El rudo potro del sangriento Atila;
Pero ¡ay! el tiempo, en su veloz corriente,
Mina el cimiento donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido
Al pie de los Andes, sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita, que á su oído,
Hable mágico acento, y le despierte.

Un hombre, que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza,
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el Océano
Y el Andes la columna de tu gloria

¿Qué navegante tocará las olas,
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar, en las llanuras solas,
Tu navío, tus ojos y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso,

El imantado acero se desvía;
Y un rayo de tu génio poderoso,
Que va, y se quiebra, donde muere el día?
¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú, grandes; como tú, inmortales?
¡Salve, genio feliz! mi mente humana,
Ante tu santa inspiración se humilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo, tus alas, todavía
Plegadas, ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día,
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera,
Los ámbitos de América divis;
Y como Dios, al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro, á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSÉ MÁRMOL

La mujer

«Solo, como la palma del desierto;
Mudo, como la boca del abismo;
Triste, como la noche del recuerdo;
Vago como la niebla del vacío;

Arbol sin hojas,
Astro caído;

Tal era el hombre en la primer mañana,
Sonámbulo del sueño del destino.

Effluvios de la luz fecundadora,
Aromas de los gérmenes divinos,
Estrofas de dulcísima salmodia,
Rumores de los bosques y los ríos;

Coro inefable
De inmensos himnos,
Como un presentimiento de la gloria,
Brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagorosa de los mares,
El hálito flotante del rocío,
El humo abrasador de los volcanes,
Los reflejos del éter encendido.

Eran la mirra
Del regocijo
Que en el gran incensario del espacio
Quemaba el universo agradecido.

Los mundos palpitaban de alborozo,
Girando sin cesar en el vacío;
Los cielos azulados sonreían,
Con la casta sonrisa de los niños;

¡Hora suprema!
¡Santo delirio!
La tierra era la virgen desposada,

Y el sol brillante, su nupcial anillo.
Y solo, como el árbol del desierto;
Mudo, como la boca del abismo;
Triste, como el silencio que precede
A la hora suprema del martirio;

Roca gigante,
De un mar bravío,

El hombre se inclinaba silencioso
Ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
Los metales que el fuego derretía,
Las estrellas, eternas mariposas
Volando en torno de la luz divina;

Todo temblaba
De amor herido:

Sólo el hombre, los labios calcinados,
No mojaba en la copa de la vida.

Los vientos celebraban sus amores,
Besando al Oceano en la mejilla;
Las aves se decían sus secretos,
Volando por la selva florecida;

La luz fecunda
De eterna vida,

Inundaba los mundos virginales
En ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
Ardiendo de amoroso desvarío,
Se enviaban en sus ósculos de fuego,
De sus entrañas el caliente fluido;

Y el hombre, mudo
Como el vacío,

No entendía el lenguaje de las almas,
Arropado en la sombra de sí mismo.»

Dios estaba inclinado hacia la tierra,
Oyendo la plegaria de los orbes,
Contenplando en el vidrio de los mares,
De su aureola de luz los resplendores.

Una lágrima ardiente, cristalina,

Se desprendió de su pupila entonces:
Gota fecunda de fecunda vida,
Que refractó la lumbre de los soles.

La tierra abrió los sudorientos labios,
Entreabrieron sus pétalos las flores,
Y aquella gota de la eterna aurora,
Fué un beso de celestes bendiciones.

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
Sintió el fuego de mágica fruición,
Y vió que de su sombra se elevaba
Una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
Un rayo de la eterna inspiración,
El perfume inmortal de la esperanza,
La rima de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
La nota musical de una oración,
La mujer, el compendio de lo bello,
La hija de una lágrima de Dios.

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
Balbuceó un himno de celeste amor,
Y exhaló sus cadencias más sublimes
El arpa colosal de la creacion.

OLEGARIO V. ANDRADE

El desierto

Ils vont. L'espace est grand.
HUGO.

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso á sus pies
Se extiende,—triste el semblan-
Solitario y taciturno [te,
Como el mar, cuando un ins-
Al crepúsculo nocturno [tante
Pone rienda á su altivez!
Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades,
Del ave y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades,
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar.
A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa á su toldería;
Sobre la grama frondosa
Asienta esperando el día,
Duerme, tranquila reposa,

Sigue veloz su camino.
¿Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver:
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,
Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar;
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.
Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo

Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.
El aura, moviendo apenas
Sus olas de aromas llenas
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante, pesar.
Sólo á ratos, altanero,
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz;
O las nubes contemplando,
Como extático y gozoso,
El Yajá, de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.
Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía;
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula, brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.
El crepúlo, entre tanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió,
Mientras la noche, bajando
Lenta, venía la calma

Que contempla suspirando,
Inquieta á veces, el alma,
Con el silencio reinó.
Entonces, como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió...y luego, violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató, sonoro,
Dando á los brutos pavor.
Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante,
El duro suelo temblaba
Y envuelto en polvo, cruzaba
Con animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.
¿Quién es? ¿que insensata tur-
Con su alarido perturba [ba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?
¡Oíd!—ya se acerca el bando
De salvajes. atronando
Todo el campo convecino;
¡Mirad!—Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena

Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma,
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿de dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela
Sin mirar alrededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:— «Ya pagaron

Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Yace en el polvo abatida
Su pujanza tan erguida;
¿Dónde sus brazos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes,
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

El gaucho

El espíritu del hombre
Su tierra natal refleja;
Cada rastro de su índole
Un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo trasparente
De suavísima limpieza,
Donde el sol deja en la noche
Una luna en cada estrella;
Sobre una planicie virgen
Siempre verde, siempre inmensa,
Siempre inmóvil y desnuda,
Siempre callada y desierta;
Entre un aire que perfuma
La primitiva pureza
Y templá el plácido rayo
De inmutable primavera,
Sin más Dios y sin más ley
Que su albedrío y su fuerza,
Sin más tesoro visible
Que su caballo y sus prendas,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura eterna,
Errante, solo y sombrío,
El gaucho su vida lleva.
Siempre el desierto á sus ojos
Su plan infinito muestra,
Donde el ombú solitario
Se empina de legua en legua;
Siempre aquel mismo horizonte
Donde el sol tan solo llega;
Siempre el mismo panorama
De adormecida belleza;
Siempre aquella inmensidad:
Cielo, cielo, tierra, tierra;
Inmensidad que dilata

El corazón, que serena,
Y en cada respiro el aire
Le trasmite su grandeza.
Aquél es el primer cuadro
Que su espíritu refleja
Cuando con la luz del alba.
Como el pájaro, despierta,
Y al galope del caballo
Las llanuras atraviesa.
Al compás de sus pisadas
Cantando amorosa *décima*.
Aquella es la impresión última
De la silenciosa vuelta
Cuando el fúnebre crepúsculo
De la tarde le rodea;
Y ya cediendo al suave
Cansancio de su faena,
Y al desmayo misterioso
Que el sol al hundirse deja,
Torna callado y tranquilo,
Mas sensible el alma lleva
Concentrada en el abismo
De su memoria secreta
Ó el cuadro de la mañana
Mirando con gracia nueva
Cernido en la media lumbre
Del día y de las estrellas.
Así respira su alma
La misteriosa tristeza
Que está esparcida en el aire
Y está arraigada en la tierra;
La soledad y el silencio
De pensamientos la llenan,
Y concentrada en sí misma
Su mundo incrusta y refleja.

Mundo de pasiones vírgenes
Como la naturaleza,
Que en su corazón palpita
Bajo esa calma sin tregua;
Mundo de nobles instintos
Que el sentimiento gobierna,
Porque es sentimiento todo
Cuanto el corazón encierra;
Sentimiento que en lo íntimo
De la vida se aposenta,
Y que el pensamiento educa
Y agranda y ahonda en ella;
Por eso en sus horas tristes
Cada gaucho es un poeta,
Poeta que canta trovas
De misteriosa cadencia,
En las que lleva una lágrima
Cada pie de cada *décima*,
Sin más arte que su alma,
Que en la soledad le enseña
A sentir lo que retrata
Y á retratar lo que sienta,
Arte que escribió con llanto
Las trovas de Santos Vega!

Espíritu concentrado
De extraña naturaleza,
Con la malicia del mundo
En su salvaje inocencia,
Porque da la inspiración
La llave del alma ajena.

Espíritu que se basta
Fiado en su sola fuerza,
En el dolor y en la dicha,
En la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble,
Ni provoca ni tolera,
Que en sí á respetar aprende

El valor y la nobleza;
Impenetrable y callado
Do quier estampa su huella;
Voluntad y sentimiento
Su extraño porte refleja,
Porque en la expresión sombría
De su semblante les lleva;
Rastros de una alma profunda
Que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
Lanzada en la noble senda,
Y en la pendiente del crimen
Sabe de hierro volverla;
Que la pasión que la absorbe
Se extiende y confunde en ella,
Como en la pampa salvaje
La sombra de la tormenta.
Ese es el *gaucho* de raza
Que las soledades puebla,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura inmensa;
Ese es el ser misterioso
Que aislado y mudo contempla
En el palacio de Roca
La agitación de la fiesta.

El corazón de aquel hombre
Una tempestad encierra;
¿Pero qué espíritu alcanza
Al fondo del alma ajena?
Una misma es la sonrisa
Que imprimen todas las penas,
Y siempre á través del velo
De amargura que hay en ella,
El ojo audaz que á estudiarla
Adelante más de cerca,
Tan solo una maldición
A medio formarse encuentra!

El baile

Ahí tienes, niña, el sciñado el mundo:
Ese bello y recóndito tesoro,
A tu sediento labio, en cáliz de oro,
El néctar ha ofrecido del vivir;
Probaste al fin de su dulzura ardiente,
Conoces ya de su embriaguez el dejo,
De su deleite vano ésa es la fuente
Que ansiosa procurabas descubrir.

Ahí está, con la pompa de sus galas,
Haciendo ostentación de su belleza
En esas vastas y brillantes salas,
Irradiando alegría y esplendor;
Ahí está como rey sobre su trono,
Rodeado de su corte y sus lacayos,
Á cortesana turba de vasallos
Repartiendo sus dones y favor.

Ahí tienes sus magníficos jardines,
De sus hermosas flores la fragancia,
Sus saraos, sus danzas y festines,
Sus amores, su dicha y alto prez;
Ahí están sus laureados favoritos
Saboreando la fruta que les place,
La que en polvo al tocarla se deshace
Aunque bella en frescor y lucidez.

Olsérvalo, que su mirar fascina;
Míralo bien, que su esplendor deslumhra,
Que en su sonrisa la expresión divina
Del hombre de tus sueños hallarás;
Mira bien, que fatal embaucamiento
Produce y magnetiza los sentidos,
Y el corazón, el alma, el pensamiento
Robarte puede, sin sentir quizás.

Pero ¡ah! que es tarde ya por tu desdicha
Si su corona te abrasó la frente;
Si su incienso dió vértigo á tu mente,

De tu conciencia amortiguó la luz;
Si cayó, como plomo derretido,
Su néctar delicioso en tus entrañas,
Y en el febril letargo del sentido
Rompió de tu alma el virginal capúz.

¡Pobre mujer! cuando ebria sonreías,
Mecida por los celos y el arrullo
De tus blandas y dulces armonías,
Todo en él seducción, todo era ardid;
Y al estrecharte de deseos lleno,
Y al repetirte tierno: *¡te idolatro!*
Te envenenaba y desgarraba el seno
Con su lengua dulcísima de aspid.

¡Pobre mujer! y cándida, tu nombre
Y tu amor le entregabas y hermosura,
Como al feliz esposo virgen pura
Después de la cristiana bendición.
Y entre tantos galanes que, á porfía,
Rindieron homenaje á tu capricho,
Ni uno solo quizás se encontraría
Que de veras te diera el corazón.

¡Pobre mujer! como invisibles dardos
En tu efímero triunfo, iban cien lenguas,
Cien miradas de jóvenes gallardos
La gala de tu sexo á escarnecer;
Víctima coronada, entre el murmullo
De tanto adorador, nada sentías
Sino el éxtasis vano de tu orgullo,
Y asombrado te ví desfallecer.

Observa bien: dorada sepultura
Es ese mundo que te halaga tanto;
Alza el velo que cubre su hermosura
Y un cadáver hediendo encontrarás:
No hay vida en él para abreviar tu vida,
Ni amor, ni fe, ni chispa de creencia;
Pero ¡ah! que estarde ya, y arrepentida,
Pobre mujer, en vano llorarás.

A mi hija Delfina

Blanca flor que embalsamas mi existencia
De tus perfumes con la grata esencia;
Música cuya suave melodía
Estremece de amor el alma mía;
Rayo de luz que caes sobre mi frente
Disipando las sombras de mi mente;
Lágrima de los ojos desprendida
Del serafín que guarda nuestra vida;
Línea donde apagué mi sed ardiente
Como el viajero en agua transparente;
Pichón que bajo el ala adormecido
Desafías las lluvias en tu nido;
Hija mía, entre sueños virginales,
Envuelta por los brazos maternos,
Y en esa fuente del materno seno,
Bebe un raudal, que de virtudes lleno
En cada gota verterá en tu mente
De nobles pensamientos la simiente,
Que dormirán hasta que en torvo ceño
El tiempo venga á perturbar el sueño;
Y puros sentimientos, ángel mío,
Que germinando cual la flor de estío,
Derramarán en tu alma ese perfume
Que la virtud de la niñez asume;
Y beberás un bálsamo del cielo
Para expresar dolores en el suelo,
Para exhalar mil gotas cristalinas
Como su aroma blancas clavelinas;
Porque el llanto es la flor que brota hermosa
En el alma sencilla y candorosa,
Y el rostro donde nunca ha resbalado

Es arenal que el cielo no ha regado.
Así, cual de la espléndida natura,
El llanto es la expresión de la criatura;
El cielo llora gotas de rocío
En las serenas noches del estío,
Y al ausentarse lánguida la aurora
Entre luces y sombras también llora;
Pero todo desciende suavemente
De la misericordia á el ancha frente;
Fertiliza el rocío los eriales
Y la aurora los lirios virginales,
Y caen las dulces lágrimas del niño,
En un seno purísimo de armiño;
Y más tarde, entre manos cariñosas
Que se ahuecan sensibles y piadosas,
Cual urna sencillísima de cobre
Donde se guarda el óbolo del pobre.

Oh tú, que de tu vida en la mañana
Te meces en el valle tan lozana:
Que sea tu cabeza bendecida
Sobre la almohada de la vida;
Que recorras tu plácida alborada
Por angélicas voces arrullada;
Que el viento de la dicha infle tu vela
Mientras la luna del placer riela;
Y que si acaso un día, negro velo
Mirares extender sobre tu cielo,
Veas llegar á tu arca placentera
La paloma de dichas mensajera
Para anunciarte en tu hombro reclinada:
« La tempestad se ve ya apaciguada,
« La luz del sol de nuevo te ilumina
« Y las flores esmaltan la colina;
« Tersa se ve la frente de tu río
« Y no hay en él ni un áspero bajo;
« Mucho vagaste, niña, por los mares:
« Al fin reposarás entre sus lares
« En la ribera nítida y risueña
« Que allá en el horizonte se diseña,

« Do encallarás tu barca suavemente
» Como del manso arroyo la corriente. »
Ora, hija mía, lejos de huracanes;
Duerme ajena de míseros afanes,
Mientras tu madre tu cabeza pura
Bautiza con sus gotas de ternura,
Las que tu padre enjuga blandamente
Al deponer un ósculo en tu frente,
Dejando en esas lágrimas escrita
Una dulce palabra—«¡Eres bendita!»

B. MITRE

Plegaria del alba

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida, sentía
El beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que, al despertar, tu dulce acento,
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría!
Y al levantar los párpados, veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Rizó por mí tu venerable frente,
Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa!

Soñé... mas ¡ay! que, al despertar del sueño,
Me hallé muy lejos del hogar amado
Y tan solo en mi espíritu grabado
Tu semblante purísimo y risueño!

¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
Y besando tus flores perfumadas,
Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo.

¡Feliz aquel que al despertar el día,
Aunque proscrito del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle: ¡madre mía!

La luz y la sombra

Rojó el sol, en el ocaso
Sus resplandores hundia,
Y la Sombra, que venia
Siguiendo á la Luz el paso:

—Pára, Luz, y ven conmigo,
Exclamó, ven un momento,
Que ha mucho el deseo siento
De conferenciar contigo.

—¿Si? pues que cese tu afán,
Dijo la Luz á la Sombra,
Y sea la verde alfombra
Nuestro mullido diván.

Sombra y Luz se reclinaron
Sobre una verde colina,
Y hete aquí la vespertina
Conversación que entablaron:

—Mira, Sombra, empieza ya
Y trata de ser concisa
Pensando que estoy de prisa,
Pues mi padre, el Sol, se va.

—Ha mucho noto el desdén
Con que la espalda me das....
—¿Y por qué vienes detrás?
—Veo que contentas bien.

Pero hazme la confesión
De que tu faz refulgente,
Algo tiene de insolente....

—¡Aprensión, Sombra, apren-
[sión!

Haces muy mal en tomar
Mi esplendor por insolencia,

Que es la ley de mi existencia
Brillar, y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento
Hasta por la paz de tu alma,
Que te arrebate la calma
Envidioso sentimiento.

—¿Envidiarte yo? ...¿Y por
[qué?

—¿Y lo preguntas, cuitada?
—Tú no eres mejor en nada.
—Que eres ciega, bien se ve.

Yo soy la primer mirada
Que el Sol á la tierra envía,
Y vengo trayendo el día
Entre una nube rosada.

Del mar, en el horizonte
Apenas voy ascendiendo,
Y ya me están sonriendo
El agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
Yo arrebolo los espacios,
Yo recamo de topacios
De la blanca nube el velo;

De la mar, en las espumas
Yo brillo á la madrugada,
Como una pluma rosada
Entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
En mil variados colores
Que dan su tinte á las flores
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
Que fecunda la natura,
E hija del Sol, que madura
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
Que la creación ilumina:
Soy la sonrisa pristina
Del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuché
Tu apología orgullosa;
Ahora escucha, Luz hermosa,
También quién soy, te diré.

Yo soy la viuda del Día
Que, envuelta en mi negro velo
Voy derramando en el suelo
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *La No-*
[che

Y á mi misterioso encanto,
Abren las flores su broche
Para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
Con amor me está llamando,
Y las brisas van jugando
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
El solo tributo tengo,
Fijate y verás que vengo
Con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la luna,
Compañera del que vela,

Y que en la plata riela
De la plácida laguna.

Del rayo de Sol de estío
Neutralizo los rigores
Regando á frutos y flores
Con suavísimo rocío.

El amor siempre halló en mí
Amiga discreta y fiel,
Y de sus horas de miel
Muda confidente fui.

Siempre mi tupido manto
Ha velado generoso:
Del jornalero el reposo,
Del que es infeliz, el llanto.

Traigo á todo corazón
Religioso sentimiento,
Pues que yo á mi paso siento
El rumor de la oración.

Aquí la sombra calló,
Y su voz aún resonaba,
Cuando la Luz, que lloraba,
En sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y Sombra se estrecharon
Y de hinojos adoraron
Al monarca de los cielos,

Jurándose ante ese Dios,
Que á la hora vespertina,
Siempre al pie de esa colina
Se abrazarían las dos.

ESTANISLAO DEL CAMPO

La hermana de caridad

« Y Jesús le habló así: — En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso. »

(LUCAS, Cap. XXIII, vers. 43.)

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?
¿Quién eres tú, que ora
Junto al desierto lecho del que expira?
¿Quién eres tú, que llora
Por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?
¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza,
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y, entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se da la muerte das la vida?
Madre del desvalido,
Angel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido
Y patria, en fin, del huérfano y el triste,
¿De qué estrella caíste
Para enjugar las lágrimas del mundo?
¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?
¡Oh! ¡qué caudal de abnegación encierra,

Que no acaba, regado
Sobre todas las llagas de la tierra!
No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más, que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura....
Te adivina mi alma!....
¡Eres mujer, sublime criatura!....
Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres!
Y los vivos albores
De tu ilusión galana
No alumbran el Elén de tus amores!
Y tu rostro tan bello
No es flor del mundo en el jardín viviente!
Y tu blondo cabello,
En ondas melancólicas caído,
No es tesoro de un labio enardecido
Ni espléndida corona de tu frente!
Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan sólo á Dios y al moribundo mira!
Y la frescura de tus labios rojos
Sólo se va perdiendo y marchitando,
La helada cruz besando
Y la pálida frente del que expira!
¡Oh! ¿Qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
En el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
A cambio de él el corazón olvida?
¡Angel de caridad! alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada!
Eres flor bendecida,
Bajo la sombra de la cruz nacida,
Donde expiraba el Salvador del mundo!
Tu enternecido corazón sublime

Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
Y, allí un pan y allí un cobre
Aquél que con el hambre se devora.
Allí, muertos de frío,
Van á llamar el huérfano y la viuda
Con la carne desnuda
Y el pie despedazado,
Bajo la noche del invierno impío,
Sobre la nieve del invierno helado.
Y allí, cuando la muerte
Se para junto al lecho de la vida,
Lleva su mano inerte
El que está solo en su dolor horrendo
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo!
Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo
Sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo
Patria es del mundo entero!
¿Por qué levantas la mirada al cielo?
¿Yo también solo allí busco mi palma!
Voy donde el diente del dolor se encarne,
Seco también las lágrimas del suelo
Y cierro las heridas de la carne
Como tú las del alma!
Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linaje humano!
¡Ay! sólo pide mi ambición precaria
Que, en el último asiento del camino,
Pongas en mí tu mano
Y levantes mi vida en tu plegaria!

RICARDO GUTIÉRREZ

¡Salve, oh Plata!

Salve, oh Plata! en tu presencia	No hallan aire mis pulmones,
Multiplicarse yo siento,	Solo entre fango diviso
Sublimarse mi existencia,	Las reliquias del <i>no ser</i> :
Lo que hay de humanal en mí;	Misteriosa y escondida
Y ora quieta, ora iracunda	Tú me revelas la fuente
Se muestre, hirviendo la vida	Del deleite y de la vida
Rebosar en mi fecunda	Que no tiene ni hoy ni ayer.
Como rebosa ahora en tí.	Esa inagotable fuente
Y toda vez que el Pampero	Que insanciables, delirando,
Sobre tus espaldas monta	Mi corazón y mi mente
Y arrojar espuma fiero,	Van buscando en el vivir;
Bramar te hace de furor,	Cuya agua sólo el abismo
Y te azota, y tú, soberbio,	Insondable de pasiones
Tú, indomable te agigantas	Calmar podrá, que en mí mismo
Por millares de gargantas	Palpitante siento hervir.
Lanzando eco tronador.	Oh! la tierra me fastidia
Tú á mis ojos representas	Con sus mezquinos afanes,
De la pasión y del hombre	Con su miserable envidia,
El afán y las tormentas	Con su odiosa ingratitud,
Y la convulsión febril;	Con el humo de su gloria,
Y el incesante murmullo,	Con su frívolos amores,
Y el tesón infatigable	Con su ambición irrisoria,
Y de su indómito orgullo	Con su mentida virtud.
La pujanza varonil.	Junto á tí mi pensamiento
Cuando agitado te miro,	Algo tiene de divino;
El corazón se me ensancha,	En todo ser y elemento
Alegre y libre respiro	Columbra el soplo de un Dios
De cuidado mundanal;	Y la vida de la muerte
Y todo olvido, y mi mente	Surgir ve, armónico el orden
En su inspiración sublime	Del aparente desorden,
Abarca, concibe, siente	La luz viva del caos.
Lo infinito y eternal.	Tu voz ¡oh Plata estupendo!
Acá en la tierra que piso	Gigantesca, habla un idioma

Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo me adormece,
¡Lo que hay de carnal en mí!
¡Quién pudiera, heroso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir;
O en en el rauda torbellino
De la tormenta engolarse,
En su atmósfera bañarse,
Y de su vida vivir!
Me place con el Pampero
Esa tu lidia gigante
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia
Que atolondran mis sentidos
Llevan á mi alma embriaguez.
Y me place verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar tranquila mi alma
O mi vida material;
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando
El aura apenas te riza
La melena de cristal.
Me places como el Oceano,
Tu rival en poderío,
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud,
Con el corazón de luto,
Pero con alma nutrida,
De savia fértil de vida,
De fe y sueños de virtud.
Me places cual la llanura,

Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura
Y su vaga ondulación,
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cavilación.
Y te quiero ¡oh Plata! tanto
Como te quise algún día,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo ví.
Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones,
Que ví en sueño alguna vez.
¡Oh Plata! al verte gigante
Me agiganto; iluso, siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer;
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser.
¡Si algo pedirte pudiera!
Si me oyese, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera;
Mi cuerpo entregarte, sí,
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre,
Ni preguntase quién fui.

Los trópicos

Los trópicos! radiante palacio del crucero,
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;
Las aves que la arrullan en melolía eterna,
Y por su linle ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas
Se visten con las nubes, de la cintura al pie;
Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tucanos, guamacayos, el león y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche
Se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetación exhala,
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
No emana sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro rey,

Así como la niña de quince primaveras
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas, ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: la luz.
La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿A dónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir,
En una catarata de fuego despeñada
En ondas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por sí á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida revienta por los poros,

Vegeteción emanando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupo se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes, entre doradas mieses,
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas, en bosques de rosales,
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nitido plumaje,
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga cual parduzco perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color,
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de su Dios.

Si en peregrina vida, por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma,
Allí se poetiza la voz del corazón,
Allí es poeta el hombre, allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito ser,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez;

Y en medio de ellas, rubia, cercana, trasparente,
Con iris y aureolas magníficas: la luz;
La luna se presenta como la virgen madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

El Ombú

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente,
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene la Pampa grandiosa:
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmalta modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.
El bibi, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita

Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos:
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad
Que, siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nun io de la muerte
Es el cuervó ó el carancho;
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú soleme, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

¡El ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roida,

Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracán.

Pues en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre, en su corteza,
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa

Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas por el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!

A su sombra melancólica,
En una noche serena
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú, de entre sus hojas,
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;

O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego
Los que van á salir luego
A correr el avestruz....
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,

Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

DUERME

Apagáronse las notas
de dulzuras impregnadas.

A sencilla cantilena
sucedió la quieta calma...

Interrúmpela, muy quedo,
el vaivén de suave hamaca,
que con ritmo balancea
en la alfombra muelle y blanda.

A Bebé ya envuelve el sueño
que le invade su morada,
que resbala y roza ténue
sus mejillas sonrosadas,
y con dedos invisibles
le acaricia y le halaga
elevándole á regiones
por infantes habitadas.

Pronto cesan los arrullos
producidos por la hamaca.

La amorosa y tierna madre
apartando finas gasas
deposita un beso tibio
en la frente pura y blanca,
un momento lo contempla
y lo envuelve en su mirada.

El silencio sólo reina...
Ya los ojos las pestañas
han sellado, manso sueño
todo envuelve, y en la cama,

que semeja dulce nido
por las blondas resguardada,
poco á poco se introducen
mil muñecas, suaves hadas,
mariposas, bellos ángeles
y columnas de fantasmas,
que, en el tibio, puro ambiente,
cual legión desordenada,
corren, giran, huyen, vuelven...
y en espora sin fin, pasan...

.....
Y Bebé sonríe quedo
exprimiendo viva grana
de sus labios candorosos,
donde amantes, juntos vagan,
retozones, muchos besos
que la madre enamorada
con transporte ha regalado.

Duerme... duerme en dulce calma,
que son de oro, que son bellos
esos días de la infancia!

Ya vendrá la edad provecta;
el final de esa jornada,
y quizás ¡ay! para entonces
tu sonrisa será amarga.

El pensarlo sólo aflige...
Duerme... duerme en quieta calma!

J. Selva.

INDICE

Página

LECCIÓN I, A la escuela	3
» II, Los dos hermanos	5
» III, » » »	7
» IV, El rabonero	11
» V, El habilitado del batallón	14
» VI, Las municipalidades	16
» VII, Las víctimas del trabajo	19
» VIII, La pobreza	22
» IX, El invierno	24
» X, Cuento	27
» XI, Domingo Faustino Sarmiento	30
» XII, Las minas	33
» XIII, La guardia nacional	36
» XIV, Las bromas de Rosas	39
» XV, Las distracciones	43
» XVI, Cornelio Saavedra	46
» XVII, La meditación	49
» XVIII, Julio y la escuela	51
» XIX, La imprenta	54
» XX, El hombre á la moda	57
» XXI, Si quieres saber quién es Periquillo dale un mandillo	60
» XXII, La calumnia	64
» XXIII, Buenos Aires	66
» XXIV, Las parimas	68
» XXV, Lo que cuentan los diccionarios biográficos	71
» XXVI, El que mucho habla, mucho yerra	75
» XXVII, Los amigos del hombre	78
» XXVIII, Los juegos	81

LECCIÓN XXIX, ¡Al estudio!.....	84
» XXX, El trabajo	87
» XXXI, Mariano Moreno	91
» XXXII, Mendoza	99
» XXXIII, Doña Rosa Mañoso	102
» XXXIV, Puerto de Corrientes.....	106
» XXXV, Plaza San Martín	108
» XXXVI, El miedo.....	113
» XXXVII, Valle de Uspallata	118
» XXXVIII, Cuestión doméstica	120
» XXXIX, El Comercio	124
» XL, Nicolás Rodríguez Peña.....	127
» XLI, Ferrocarriles	130
» XLII, La patria argentina	134
» XLIII, La huérfana	136
» XLIV, 9 de Julio	139
» XLV, La greda	142
» XLVI, El perro.....	145
» XLVII, Casa de gobierno....	149
La bandera de Mayo	153
Á mi bandera	154
Á Rosas	155
El inválido.....	157
Á Cristóbal Colón.....	159
La mujer	162
El desierto.....	165
El gaucho	168
El baile.....	170
Á mi hija Delfina	172
Plegaria del alba	175
La luz y la sombra	176
La hermana de caridad	178
¡Salve, oh Plata!.....	181
Los trópicos	182
El Ombú	186
Duerme.....	189

